

# Purgatorio

Carlos Rodríguez Martínez



# Capítulo 1

## EMMA

La capucha del forro polar me cubre la cabeza, pero el frío me sigue golpeando con fuerza en la cara con cada paso que doy provocando una incómoda sensación de abrasión en los roces y cortes que tengo.

Llevamos demasiado tiempo caminando desde que nos adentramos en un terreno de interminables páramos agrestes de suelo congelado y meandros. El paisaje es desolador.

—Moriremos aquí.

Jessica verbaliza el pesimismo que nos embarga a todos en estos momentos. El cansancio y los golpes sufridos hacen resaltar la fragilidad de un joven y bello rostro que no puedo evitar que me enternezca. No me imagino que ha podido hacer para acabar aquí.

—Tú ya lo habrías hecho de no ser por mí.

El apunte de Eva no me molesta tanto como la soberbia que utiliza para recordármelo.

—Y si sigues hablando tú serás la primera en hacerlo.

La amenaza de Damien a Jessica detiene la marcha y atrae la atención de todas las miradas.

Algunas como la de la propia Jessica o la de Vera son temerosas ante él y las entiendo. El miedo que provoca no está causado por la violencia de sus palabras sino por su juventud. Da escalofríos pensar que un muchacho que no sé si tendrá la edad suficiente para comprar bebidas alcohólicas puede esconder un lado tan oscuro.

—No te atrevas a hablarle así.

Pero no todos lo temen. Michael aprovecha su intento de amedrentamiento para alimentar su enfrentamiento. Ese mismo que pude intuir cuando los conocí y que se inició en el momento en que asumimos que éramos los únicos supervivientes y tuvimos que tomar las primeras decisiones.

Ellos son los únicos hombres de esta expedición y ese ego los hace querer el liderazgo a pesar de la notable diferencia de edad existente entre ambos. Todo apunta a que esta travesía acabará con uno de los dos muerto a manos del otro. Lástima que sea Michael el que tenga todas las

papeletas debido a su actual y malogrado estado.

—No malgastemos energías en discusiones inútiles... —apelo a una diplomacia que sé inexistente—. Las necesitaremos para seguir con vida.

El silencio escéptico de todos me demuestra que no me creen y no los puedo culpar. Estamos en medio de ninguna parte.

—No pienses ni por un momento que estás al mando por lo que pone en tu abrigo.

Que la mejor arma que tenga para hacer frente a Damien sea la paciencia no es una buena noticia, pero empeora cuando su advertencia encuentra el respaldo de Michael en la mirada recelosa que me dedica.

—Emma tiene razón. Tenemos que seguir caminando.

Katherine, para sorpresa general, sale en mi defensa.

—¡Vaya, vaya!

Pero su noble intención hace que Damien, olvidándose de Michael y de mí, se acerque a ella. Cojea, pero lo hace sin mostrar síntomas de dolor lo que me hace pensar que su lesión no está causada por el accidente.

—Me encanta tu acento...

Katherine ronda los cuarenta y posee una de esas bellezas frías a las que ni su actual aspecto lastimado consigue afear. La sofisticación que desprende a pesar de ir vestida como los demás la presenta como a una de esas mujeres que sólo con verlas se sabe al alcance de muy pocos hombres.

—Ahora ya sé cómo sonarían tus suplicas.

Certeza que alimenta el comportamiento del chico y que me hace estremecer al ver como se relame imaginando la escena. Es asqueroso.

—No te equivoques...

Pero algo inesperado ocurre. De todos los desenlaces que podía haber pensado, la cara descompuesta de Damien me descubre el único que jamás hubiera considerado. Katherine, la misteriosa mujer que sólo había abierto la boca para decir su nombre desde que nuestros destinos se unieron, retuerce con macabro placer las partes íntimas de un depredador que se ha convertido en su presa.

—Yo no soy otra alma asustada con la que puedas jugar, vaquero...

El tono duro que usa para imitar su acento americano le da mayor sordidez al momento.

—Y una vez que lo hemos aclarado, sigamos adelante. Tenemos que encontrar un lugar donde poder refugiarnos del frío.

Nadie se atreve a contradecirla y Damien, rabioso y herido en su orgullo, reacciona de la única manera que lo puede hacer un adolescente humillado: es el primero en reanudar la marcha.

—Me gusta.

La tensión vivida desaparece en favor de la monotonía de una huida desesperanzada y yo me apuro a seguir los pasos de los demás tras escuchar la nueva opinión de Eva.

Los minutos pasan y las bocanadas de aire que se me escapan por culpa de cada esfuerzo que hago me producen molestos dolores en los pulmones y convierten mi aliento en un vaho tan denso que nubla la visión de mis acompañantes por momentos. Pero sé que no soy la que peor lo está pasando; la cara de Michael, apoyado sobre Vera, anuncia que si no tratamos mejor la herida que tiene en el abdomen morirá pronto.

—¿Dónde está?

El pánico de Jessica nos vuelve a detener.

—Se avecinan problemas.

Evito alimentar el protagonismo que tanto reclama Eva y me centro en la inquietud que se ha apoderado del grupo y a la que me sumo tras comprobar que se refiere a la repentina ausencia de Damien. Ojalá tuviera en la mochila algo más que las botellas de agua y las vendas del botiquín que pudimos rescatar de entre los restos, algo útil con lo que defenderme de él.

—He encontrado algo...

Reaparece con la que entiendo como una buena noticia por el entusiasmo con que la dice, pero nadie se relaja con su regreso.

—Tu refugio.

La sospecha de que haya tramado algo para vengarse por lo sucedido ronda por mi cabeza al oír la manera en la que se dirige a Katherine, pero ella, demostrando que no le tiene miedo, decide ir a echar un vistazo al desvío de donde viene.

—Esa tendrías que ser tú.

Eva tiene razón. Soy consciente de que la ropa que llevo puesta indica que debería de ser yo la que tomase ese tipo de decisiones, pero no estoy interesada en iniciar un conflicto con Katherine y mucho menos después de lo que he visto que es capaz de hacer. No quiero tenerla como enemiga.

—¿Cómo estás? —busco entablar conversación con el matrimonio mientras esperamos.

Si no quiero depender de Eva para sobrevivir en este lugar voy a tener que buscar aliados y Michael y Vera, a pesar del estado de él y su actitud para conmigo, parecen la mejor de las elecciones.

—Estamos bien.

Michael refrenda su desconfianza. La animadversión con la que me responde tras separarse de su mujer es la señal inequívoca de que no quiere mi ayuda. Entiendo que alguien como él pueda confundir mi interés con preocupación. Y siendo así comprendo su rechazo. Sabe que para un hombre en su estado y de su edad, estoy segura de que pasa de los cincuenta, la condescendencia es el paso previo a ser abandonado en la situación en la que nos encontramos. Me pregunto si su mujer, que está aprovechando la parada para recuperarse del esfuerzo que supone el tener que cargar con él, se habrá planteado esa posibilidad.

—¿A mí no me preguntas?

Damien reclama mi atención fingiendo estar ofendido. Quiere recuperar conmigo el control que Katherine le quitó.

—¿Seguro que estás bien?

Pero decido no entrar en su juego y me sorprendo con la preocupación de Jessica para con Michael y la reacción que ésta provoca en Vera. La mujer, que asumo que tendrá una edad parecida a la de su esposo a pesar de no aparentarlo, se ve incómoda con el acercamiento que mantienen. Rechazo que no demostró conmigo y que me hace pensar que la presencia de

Jessica está relacionada con la de ellos.

—Tranquila.

La mirada cómplice y la caricia en la mejilla que Michael le da como respuesta reafirma mi conjetura, da sentido a la defensa de antes más allá de absurdas y recientes rivalidades entre machos alfa y alimenta mi curiosidad para con ellos. Estos tres esconden algo.

—Cariño.

La timidez con la que Vera reclama a su marido para que vuelva a su lado no surte efecto y el desplante me hace empatizar con ella mientras mi cabeza busca respuestas. La más lógica sería pensar que son familia, madre e hija quizás, pero mi lado más perverso, ese que irá teniendo mayor protagonismo con el paso de las horas, me hace ver que supuesta madre e hija sólo comparten una estatura propia de modelos de pasarela y esa especie de aura casi mística que poseen las mujeres nórdicas.

—Hay un talud. Es estrecho y escarpado, pero si lo descendemos podremos llegar a una zona boscosa y protegernos de este frío.

Mis cábalas se ven interrumpidas con el regreso de Katherine y su anuncio.

—¿Es peligroso?

Me sumo a la duda de Vera mientras se dispone a volver a servir de bastón para su marido.

—Tendrá que hacerlo él solo.

La aclaración la disgusta, pero a él le sirve de acicate para demostrar que la herida que lo tiene lisiado no es tan grave como podamos pensar. Convencido, y haciendo acopio de fuerzas, reanuda la marcha hacia el talud por su propio pie.

—Gracias por lo de antes —quiero aprovechar la momentánea cercanía de Katherine para tantear el terreno con ella.

Me responde con silencio e indiferencia antes de seguir los pasos de los demás. Debería de sentir alivio con las actitudes distantes que todos me demuestran, al fin y al cabo, y recordando el motivo por el que estamos aquí, estas no son personas de las que me pueda fiar... pero sin su ayuda sé que no lograré salir de aquí con vida.

—Camina y deja de hacer el ridículo.

Por primera vez hago caso a Eva y cuando llego al borde del pequeño precipicio junto al resto, Michael ya se encuentra realizando el descenso. Lo hace con muchas dificultades y puedo escuchar, al igual que los demás, los jadeos que mezclan esfuerzo y dolor cuando tiene que hacer un movimiento brusco o inesperado.

—¡Lo estás haciendo muy bien, cariño!

La bajada se presenta más peligrosa de lo que había imaginado por las palabras de Katherine. Calculo que son unos diez metros de altura y veo tramos donde la tierra está muy endurecida por culpa del frío y la única manera de evitar caer por culpa de las patinas de hielo formadas es la de agarrarse a los ramajes que surgen como anclajes creados por la naturaleza.

Michael, sin terminar de hacer el trayecto, se detiene extenuado y Vera se apura a ir a por él a pesar del riesgo que eso pueda suponer para ambos. Su camino es más torpe y atropellado, pero cuando por fin consigue llegar a su lado se las ingenia para ayudarlo a realizar los últimos metros.

Una vez en tierra firme lo abraza con devoción y necesidad. Muestra de afecto que contesta a la pregunta que me hacía con anterioridad para con ella: sea cual sea el destino de Michael, ella no lo abandonará.

—Ahora tú —apremió a Jessica a ser la siguiente.

No sé qué es lo que esconden, pero después de lo vivido con Katherine no pienso dejarla sola al alcance de Damien. Ella agradece mi decisión y empieza a bajar con determinación, pero ésta se esfuma cuando se encuentra a mitad de camino y mira hacia abajo.

—¡Tranquila, puedes hacerlo! —intento ayudarla a superar el ataque de pánico que está sufriendo.

Mis palabras consiguen que se centre en mí, pero no se atreve a seguir avanzando por miedo a caer.

—Está muerta.

La funesta sentencia de Damien es tan cruel como cierta. Si no se mueve es cuestión de tiempo que se caiga y se rompa algún hueso por culpa de los salientes. Una fatalidad que sería mortal en la situación en la que estamos.

—¡Ayudarla, por favor!

El desesperado ruego de Michael va dirigido a mí, lo sé. Soy la única con la obligación moral de actuar por lo que pone en mi chaqueta.

—Será mejor que me des a mí la mochila.

Convicción que Katherine también comparte.

—Mucha suerte.

El cinismo de Damien y la sugerencia que he aceptado de Katherine me hacen pensar que por sus cabezas ronda la idea de que con un poco de suerte nos caeremos las dos.

—¡Voy a ir a por ti! —aviso a Jessica mientras me preparo y hago un dibujo mental del descenso que estoy a punto de realizar.

Apenas he dado cuatro pasos cuando un inoportuno resbalón me obliga a agarrarme con todas mis fuerzas a una de las ramas para no caer. Cierro los ojos, pego mi espalda todo lo que puedo a la dura y helada pared de tierra y piedra y respiro tratando de recuperar la calma perdida. Esa misma que con cada suave exhalación que sale de mi boca, y el paso de los segundos, me permite oír los primeros murmullos de los que aún están por bajar y los que ya lo han hecho.

—¿Estás bien?

Mi cabeza no me deja entender la pregunta de Michael como un gesto de verdadero interés para conmigo sino de preocupación por Jessica. Si caigo, me la llevaré por delante.

—Si —no pienso morir aquí.

Mi instinto de supervivencia y el orgullo por demostrar que no soy tan débil como todos creen me hace reanudar la bajada.

—Bien... —suspiro cuando consigo llegar junto a Jessica—. Ahora necesito que me escuches... —la cojo de la mano, sin perder el equilibrio e imitando lo que hizo Vera con su marido, e intento contagiarla del coraje que me ha poseído—. Vamos a bajar juntas de aquí.

No me contesta, pero veo en sus ojos que está dispuesta a hacerlo. Se lo agradezco, no me siento con fuerzas ni ganas de tener que improvisar un discurso para convencerla.

—Paso a paso, no tenemos prisa —la animo a seguir adelante.

Durante el siguiente par de minutos, los que necesitamos para hacer lo que nos queda de descenso sin más contratiempos, una imagen se repite en mi cabeza una y otra vez: ÉL. El susto que me he llevado tiene que ser el responsable de su recuerdo.

—¡Gracias a Dios!

Michael se abalanza sobre Jessica y la cubre bajo un abrazo protector que disipa cualquier tipo de duda que pudiera tener con respecto a ellos. La ternura de la imagen se ve empañada por los, cada vez menos disimulados, celos de Vera.

—Hay que ser muy ingenua para no ver lo que los une.

Mi interés se centra en el marido tras escuchar el nuevo reclamo malicioso de Eva. Puedo entender su presencia entre nosotros. Su mirada lacónica que acompaña a un rostro curtido y pétreo me lo presentan como un hombre lúgubre y peligroso que de no haber salido malherido en el incidente sería un importante quebradero de cabeza.

—Tendrías que curarte esa mano.

Katherine me saca de mi ensimismamiento cuando llega junto a nosotros y me devuelve la mochila. Su aviso hace que me fije en el guante de mi mano derecha para confirmar que está en lo cierto. El percance lo ha desgarrado y pequeños hilos de sangre manchan el algodón saliente en la zona de la palma.

—Qué lástima...

El comentario de Damien a su llegada hace que Michael transforme su derrotada expresión corporal y recupere una viveza en los ojos que él mismo creía perdida dejándonos ver un atisbo de su verdadero yo.

—Me hubiera encantado hacerme cargo de ti.

Su reacción no lo intimida y sigue con su lento caminar tras dedicar un guiño pícaro a Jessica. Está cojo, pero aún así se sabe con ventaja para con él y lo está incitando a actuar. Quiere que cometa ese error.

—Cariño.

Vera interviene para apaciguar a su esposo.

—¿Queréis un poco de agua? —abro la mochila y le ofrezco a Michael una

de las botellas uniéndome a la intención de su mujer.

Michael la coge y se la ofrece a Jessica, pero ella se niega a beber y pretende usar el agua para hacer una nueva y precaria limpieza en su herida ahora que nos hemos detenido. Ya no soy la única a la que le sorprenden sus actitudes; Katherine observa con interés el nuevo desplante a Vera que se ha visto relegada a un apartado y segundo plano.

—Tienes que beber, el agua aliviará los pulmones.

Sujeto otra de las botellas y siento como los labios me escuecen con los primeros sorbos que doy tras hacer caso a Eva. El agua está helada y me produce una terrible sensación de angustia en la garganta y el pecho, pero es necesario.

—Toma —le acerco la botella a Vera una vez me he saciado.

Y ella me lo agradece después de beber y devolverme la botella.

—¿Quieres? —lo vuelvo a intentar con Katherine.

Acepta, pero su trago es mucho más corto que el de Vera y el mío.

—Tendríamos que empezar a racionar el agua...

Su sugerencia suena a orden y mi parte más traviesa me empuja a no complacerla. Sé que mi acción puede acarrear consecuencias, pero me quito el guante y me limpio la herida de la mano de manera concienzuda gastando toda el agua que creo necesaria.

—No sabemos si encontraremos más.

Mi actitud la desconcierta y su insistencia viene acompañada esta vez de un tono mucho más diplomático que consigue su propósito con Michael...

—Tiene razón.

Que frena a Jessica para que deje de limpiar el corte de su abdomen. Ella obedece y tras pedirme más vendas se afana, con toda la delicadeza posible, en cambiar el vendaje que le pusimos antes de iniciar la marcha y que ahora está empapado de sangre. La herida ha empeorado por culpa del esfuerzo que ha tenido que hacer para bajar el talud.

—Nos van a encontrar —hago partícipe a todos de mi esperanza personal.

Quiero insuflar un poco de ánimo y de paso mantener mi posición dentro del grupo mientras me cubro la palma de la mano con una de las últimas

gasas que quedan en la mochila.

—No lo harán...

Michael, con el nuevo vendaje listo y el abrigo otra vez cerrado para mantener el calor corporal, se levanta con la ayuda de Jessica y se apoya sobre su mujer para no caer de bruces al suelo.

—Y lo siento por ti porque no te mereces esta clase de final...

La palabra INTERPOL que figura en la parte trasera de mi forro polar recupera el protagonismo ante los uniformes rojo oscuros que los demás esconden debajo de los abrigos que han robado de entre los restos.

—Pero nadie vendrá a por nosotros.

Veo a Damien, detenido a unos veinte pasos de donde estamos, sonreír con esta afirmación.

—Somos parias. Personas con oscuros secretos sobre nuestras espaldas...

Un escalofrío me recorre de arriba a abajo al oír su sórdida sentencia y ver la derrotada mueca que la acompaña.

—Y será aquí, en este lugar alejado de la mano de Dios...

Hace una breve pausa con la que nos recomienda disfrutar del paisaje que ahora nos acompaña. La zona boscosa que había nombrado Katherine se presenta a lo lejos, como si de un oasis se tratase, en medio de kilómetros y kilómetros de estepa. La imagen resulta hipnótica e inquietante cuando me percató de que las hojas de los árboles que nos invitan a adentrarnos en su interior para guarecernos del frío presumen de un extraño color grisáceo.

—Donde todos nosotros pagaremos por nuestros pecados.

Deja de hablar y se dedica a consolar a su mujer que se ha derrumbado tras escuchar su declaración.

—Bienvenida al purgatorio...

Eva toma conciencia una vez más.

—El lugar donde te desvanecerás.



## Capítulo 2

### LA CONDESA SANGRIENTA

—No bajas ahí —estas fueron las primeras palabras que le dijo el Inspector Kurtz cuando salió del cobertizo.

La confianza y preocupación con la que se dirigió a él demostraba que su relación se había estrechado desde que siete meses atrás irrumpiera en su comisaría para denunciar la desaparición de su hija Ute.

—No lo hagas, Ernest —insistió agarrándolo del brazo cuando vio que no lo quería escuchar.

Era por su propio bien. A lo largo de su carrera en el cuerpo de policía alemán había tenido la desgracia de ver cosas desagradables, imágenes o escenas que confirman que la realidad siempre superará a la ficción, pero nunca nada parecido a lo que acababa de ver.

—No te castigues de esa manera —su conciencia necesitaba convencerlo.

La presencia de algunos de los policías que ya habían bajado vomitando en los rincones más cercanos al caserío apoyaba su sugerencia.

—Por favor —no tuvo reparos en suplicar.

Y es que jamás en toda su vida se había sentido tan impotente como cuando descubrió el dantesco escenario que se escondía allí abajo. Un sentimiento que poco tardó en convertirse en culpa por no haberse tomado en serio desde un principio los testimonios de un hombre que había renunciado a toda su vida por encontrar a su hija, y que ahora luchaba por zafarse de él para confirmar con sus propios ojos la peor de sus pesadillas.

—¡Suéltame, joder! —gruñó con desesperación.

Y lo hizo. Pero no por miedo, la cara del padre angustiado e impaciente que había conocido durante los últimos meses desapareció en favor de la locura, sino porque entendió que esa reacción, esa rabia, lo consumiría sin remisión en caso de no afrontar la realidad por más dura y cruel que ésta fuera. Todo había acabado y no quería más cargos de conciencia.

—Lo siento —lo soltó y se apartó de su camino.

Un par de agentes se lanzaron a detenerlo cuando se propuso bajar los primeros peldaños de madera con paso apurado, pero Kurtz se lo impidió

haciendo uso de su rango.

“¡Han secuestrado a mi hija!”. Kurtz, sumido en la mayor de las decepciones para consigo mismo, lo vio desaparecer engullido por la oscuridad que moraba en aquel infierno y supo que nunca más volvería a ver al hombre enérgico que clamaba por ayuda para dar con su hija; al hombre al que había tenido la tentación de encerrar en más de una ocasión en sus posteriores y paranoicas visitas cuando su caso ya se había oficializado y la investigación y el dispositivo de búsqueda de la joven Ute era prioritario para toda la policía de Frankfort.

“Prométeme que nunca permitirás que le pase nada malo”. La imagen de su mujer moribunda, antes de fallecer por culpa de un cáncer en fase terminal, acompañó a Ernest mientras bajaba los escalones.

El crujido de los maderos lo hizo darse cuenta de que la claridad del exterior había desaparecido devorada por una penumbra que no tardó en envolverlo y cargar la atmósfera con un hedor pestilente.

“¡Te odio y no te quiero volver a ver nunca más!”. La última frase que le dijo su hija antes de salir de casa dando un portazo, y que ponía fin a una absurda discusión de la cual ni recordaba el motivo, resonó como un molesto eco en su cabeza. Nunca imaginó que esa sería la última vez que la vería. Tan solo tenía diecisiete años.

Cuando más bajaba, más insoportable resultaba el olor. Era tan desagradable que los ojos le empezaron a picar, a pesar de las gafas, y se tuvo que tapar la boca y la nariz con una de las mangas de la camisa para poder seguir avanzando.

“He estado investigando y hay veintiocho desapariciones sin resolver en los alrededores de Frankfort...”. Una desvencijada y polvorienta silla, iluminada de manera sutil por los focos puestos por el equipo forense que se encontraba analizando el escenario, le dio la tétrica bienvenida al cobertizo.

“Algunas datan de hace dieciocho años, pero todas son adolescentes con edades similares a la de mi hija...”. Tras la falta de avances en el caso por parte de la policía, había acudido a los platós de televisión para difundir la noticia, pero resultó ser una mala idea.

“Y sé que puede sonar extraño, pero creo que todas ellas están relacionadas”. Sin pruebas concretas sobre el paradero de su hija, los testimonios de las amistades más cercanas a la joven revelaron que padre e hija no hacían más que discutir en los últimos tiempos. Declaraciones que ayudaron a elaborar una teoría, con la opinión de distintos expertos consultados, en la que él, en un momento de enajenación mental transitoria, hubiera podido cometer una locura. El relato de lo sucedido

años atrás sobre otras desapariciones similares fue tomado como un burdo intento de desviar la atención.

Aterrado tras observar los primeros y siniestros objetos que formaban parte de la decoración del lugar, comenzó a caminar entre las personas que iban y venían haciendo su trabajo. Era mucho peor de lo que se había imaginado.

“Estamos estrechando el cerco, pero tiene que alejarse de los medios de comunicación...”. Buscó un recuerdo con el que poder combatir la ansiedad que lo estaba poseyendo y se trasladó a la sala iluminada por fluorescentes de la comisaría donde se había reunido, días más tarde de su última y polémica intervención televisiva, con los agentes de Inteligencia que llevaban el caso de Ute y el Inspector Kurtz. Fue la última vez que tuvo esperanza.

“Esto es lo que sabemos, pero necesitamos que se mantenga al margen...”. La posibilidad de que con su obsesión echase por tierra una investigación de años fue la responsable de ese encuentro clandestino. Y es que, para vergüenza de todos los que lo habían tildado de parricida, estaba en lo cierto. Todas las desapariciones que había descubierto tras interminables noches de enfermiza investigación estaban relacionadas.

Óxido y restos de sangre reseca maquillaban cuchillos, cizallas y un largo etcétera de pruebas etiquetadas y listas para ser llevadas al laboratorio forense.

“Estamos muy cerca de atrapar al verdadero responsable, por eso no podemos permitir que siga revelando detalles que puedan descubrir que estamos tras él”. Y lo habían conseguido. Lo habían atrapado, mejor dicho, la habían atrapado. Las cuarenta y nueve familias afectadas durante los últimos dieciocho años podían empezar a descansar en paz. Todo había acabado.

—¿Señor? —uno de los miembros del equipo forense reparó en su presencia—. No debería de estar aquí abajo.

El sonido de un goteo continuo le descubrió un gancho situado sobre una antigua bañera de hierro fundido que descansaba sobre un pequeño altar y que había perdido su color natural en favor de un rosa pálido.

—¿Señor? —el hombre, cubierto por un traje de bioseguridad, guantes y un tapabocas para soportar la estancia y no contaminar ninguna de las pruebas, insistió al ver que no le hacía caso.

Estaba absorto en su propia imaginación. La misma que lo estaba ayudando a recrear, con todo lujo de detalles, la clase de horrores que su pequeña y el resto de jóvenes raptadas habrían sufrido a lo largo de los

años en ese lugar.

—Tiene que irse —lo invitó a salir de buenas maneras.

El odio más irracional lo poseyó al recordar la truculenta sonrisa que le había dedicado la responsable de todo el dolor, de todo el sufrimiento, cuando pasó por su lado custodiada por los mismos agentes especiales con los que habló en su momento y que habían liderado el asalto al caserío.

“Nunca volverá a hacer daño a nadie más”. Entendió que su propia conciencia quería consolarlo recuperando la frase que Kurtz le dijo mientras veían como la mujer era subida al furgón policial para ser trasladada, pero no estaba funcionando. La tentación de reconstruir en su cabeza la escena de “la condesa sangrienta”, así la había apodado la Inteligencia alemana, mutilando a su hija para bañarse desnuda en su sangre y alimentarse de sus órganos nunca lo abandonaría.

—Ernest... —Kurtz apareció tras recibir el aviso del equipo forense para que lo sacasen de ahí—. ¿Por qué no nos vamos y los dejamos hacer su trabajo?

—¿Cuál es? —se negó.

El Inspector, tras unos segundos de duda, terminó por señalar una de las celdas que rodeaban el altar con la bañera. En el habitáculo, que no debía de medir más de cuatro metros cuadrados y tenía el suelo cubierto por papeles de periódico antiguos manchados con todo tipo de restos y fluidos, había un comedero de perro con el nombre de Ute escrito con rotulador. Pero no era nada de eso lo que más horrorizaba al padre, sino la tela que cubría lo que entendía que eran los restos de su hija.

—No tienes porque hacerlo —un amago de arcada sobrevino a Kurtz al recordar lo que se escondía debajo de las sábanas.

Ernest echó mano de todo el coraje que le quedaba y entró en la pequeña prisión. El sitio donde Ute había pasado los últimos meses de su vida.

—No... —cayó al suelo de rodillas y rompió a llorar de manera desconsolada tras apartar la tela—. No... ino!, ino!

Sus lamentos inundaron el cobertizo consiguiendo que el resto de presentes detuvieran sus labores atraídos por su dolor.

—Vámonos de aquí, amigo... —Kurtz lo ayudó a levantarse y se apuró a tapar la grotesca imagen de un cuerpo destrozado y desfigurado que apenas guardaba alguna similitud con la joven risueña que alguna vez había sido—. Te llevaré a casa —no quería que se siguiera castigando por

más tiempo—. Necesitas descansar.

Sabía que no lo haría, que ya no lo podría hacer más. Lo veía en una mirada vidriosa y perdida.

“¿Por qué?”. El desconsuelo y el estado de shock lo hicieron recordar la única pregunta que había tenido oportunidad de hacer a la mujer antes de que se la llevarasen.

“Para mantenerme hermosa”. Y la siniestra respuesta que provocó más de un escalofrío en todo aquel que la pudo oír. La satisfacción que describían esas tres palabras resumía los enfermizos actos cometidos en el cobertizo de ese caserío durante los últimos dieciocho años.

Kurtz no tuvo problemas para llevárselo al exterior a través del resto de celdas que también tenían telas cubriendo otros cuerpos. El avanzado estado de descomposición de algunos de ellos era el responsable del insoportable hedor que flotaba en el ambiente.

“Prométeme que nunca permitirás que le pase nada malo”. La última frase de su mujer adquirió esta vez un tono acusatorio en su cabeza mientras subía, con la ayuda de Kurtz, las escaleras para salir de ese infierno.

“¡Te odio y no te quiero volver a ver nunca más!”. Era el final. El fantasma destrozado de su hija lo acompañaría el resto de su vida.

## Capítulo 3

### JESSICA

—¿Cuántas horas han pasado desde que abandonamos los restos del avión?

Me despabilo con la pregunta que hace Katherine y me encuentro acurrucada en el interior de la pequeña cueva que hallamos al poco de adentrarnos entre los árboles. El cansancio es el responsable de que casi haya vuelto con ellas...

—Muchas...

La decepción se escapa en la voz de la policía que se ha quitado el guante para comprobar el estado de su mano herida.

—Demasiadas.

Se nota que el discurso de Michael le ha afectado.

—¿Y por qué sigue sin anochecer?

Katherine, con la mirada fija en la claridad del exterior, sigue con las preguntas. No la conozco, pero por su apagado tono de voz sé que lo hace para poder seguir venciendo al sueño que ya ha podido con Michael y su mujer.

—¿No ha pasado tiempo suficiente para que lo haga?

A pesar de no tener nada con lo que hacer un fuego para calentarnos, la cercanía de unos con otros por culpa del estrecho espacio que compartimos ha creado una especie de ambiente relajante que nos invita a sucumbir a una tentación que los que seguimos despiertos, y a pesar de estar exhaustos, entendemos como peligrosa por la desconfianza que nos tenemos.

—Es una noche blanca.

Michael, recostado sobre Vera y que creía dormido, es quién contesta.

—¿Noche blanca?

Apenas oigo la réplica de Katherine tras notar que soy el objetivo de unos ojos desvergonzados que pretenden adueñarse de mi alma. Damien, sentado frente a mí a unos pocos metros, me dedica una pérfida sonrisa

cuando ve que me he percatado de su intención.

—¿Qué es eso? —el miedo que siento me hace resaltar la pregunta para volver a escuchar la voz profunda y áspera de Michael.

Tenerlo aquí conmigo es lo único que me tranquiliza.

—Que no va a anochecer.

Su aclaración retumba en el interior de nuestro escondite y despierta la curiosidad de todos los que continuamos despiertos.

—Las noches blancas son un fenómeno atmosférico que ocurre durante esta época del año en la latitud en la que nos encontramos.

Sigo incómoda porque me siento y sé observada.

—“Los atardeceres siempre son finales, los amaneceres principios y la oscuridad nunca es completa...”.

Michael se da cuenta de mi disgusto y quién es el causante y con un tono poético reclama mi atención. Su mirada, muy distinta a la que me tiene cohibida, me hace entender que estoy a salvo. Que no lo dejará acercarse a mí.

—Así que no va a anochecer...

No puedo evitar mirar de soslayo a Damien tras escuchar el pesimismo con el que se ha expresado. Sus ojos, ahora ajenos a mí y centrados en el exterior, me presentan por primera vez la imagen de un joven macilento y apático que tiene miedo, pero poco tarda el sentido de preservación, ese mismo gracias al que aún sigo con vida a día de hoy, en desvelar la posibilidad de que esa inquietud que se escapa de sus palabras no sea más que impotencia por necesitar de las sombras para mostrar a su verdadero yo. Ese que todos intuimos y que no deseo conocer.

—Cariño, debes descansar. Lo necesitas.

Vera se ha despertado por culpa de la conversación y empieza a atusar su cabello grisáceo para lograr su propósito. Lo quiere cuidar, pero no es capaz de hacerlo. Su estado no hace más que empeorar.

—¿Qué os une?

Emma, sentada a mi lado y con un tono de voz que no reconozco y que asumo que está provocado por el cansancio, exige una respuesta mientras

se acaba de poner el guante.

—Es... —vacilo.

Y mis dudas entusiasman a Vera que permanece expectante por ver cómo afronto la complicada situación que se me ha presentado, pero que entiendo como inevitable. Era cuestión de tiempo que esto pasase.

—Mi padre.

Mi contestación no satisface a la policía, pero sirve para avivar una seguridad que creía desaparecida y golpea la malicia de Vera. Estoy harta de ella. La odio. Y sé que es un sentimiento mutuo.

—Duerme.

Michael nos interrumpe a las tres con una sugerencia para mí que mi cuerpo apoya pero que a mi cabeza la aterra. Sé que si lo hago las pesadillas volverán. Las mismas que él me ha hecho entender como la penitencia por mis pecados.

—Te hará bien.

No. No lo hará. Mi subconsciente traerá de vuelta los siniestros susurros acusatorios de esas crías cuando cierre los ojos. Las malditas se han trasladado a un lugar en el que saben que jamás las podré vencer. Sólo tienen que esperar a que mi cuerpo se rinda ante el cansancio para tomar el control y convertir mi descanso en su venganza.

## Capítulo 4

STEVE

—¿Nervioso, novato?

Dejo de mirar por la ventana al escuchar la sorna con la que se dirige hacia mí para encontrarme con una mirada ansiosa que demanda una contestación. Tengo que reconocérselo, ha aguantado más de lo que esperaba para pedir explicaciones. Desde que despegamos no me ha quitado los ojos de encima.

—¿Tendría que estarlo? —voy a recompensar su esfuerzo.

Mi actitud lo anima a continuar con las indagaciones.

—Hay que tener un buen par de pelotas para hacer este trabajo.

Presume queriendo descubrir si estoy capacitado o no, satisfacción que le niego y que cambio por una sonrisa que se toma como una burla y que hace desaparecer su gesto interesado para dejarme ver un pequeño atisbo de su verdadero yo. Su rostro endurecido me recuerda al de un boxeador. Uno de esos que ha recibido tantos golpes que se ha visto obligado a la retirada y a encontrar otro trabajo con el que poder saciar las necesidad de violencia que moran en sus entrañas.

—Cyrus...

Su compañero, que está sentado frente a él y muy cerca de mí en uno de los laterales del compartimento de carga, lo calma demostrando que conoce su temperamento y las consecuencias del mismo.

—Cuidado, novato.

Apenas llevo unas horas con ellos y casi no he cruzado palabra, pero no necesito más para entender que Cyrus aparte de más joven, tendrá cuarenta y pocos, es el más volátil de los dos. Me sorprende que desista en su empeño tras advertirme.

—¿De dónde eres?

Pero lo entiendo cuando veo que es Hacha, así se llama o se hace llamar, el que sigue con las preguntas tras dejar de estudiar la tableta que sostiene entre las manos. Su acento latino me presenta una presencia incómoda de ojos pequeños y mirada inquisitiva y siniestra.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

Insiste ante mi silencio, pero al contrario que Cyrus lo hace con una hierática expresión que me desconcierta y que me hace agradecer que haya un par de asientos vacíos entre nosotros. Tengo la sensación de que si Cyrus es el perro rabioso que ves venir a kilómetros, él es esa serpiente sigilosa que sólo te das cuenta de su presencia una vez te ha mordido y ya es demasiado tarde.

—Lo pone en mi archivo —me limitó a señalar la tableta en la que veo el reflejo de la foto de mi expediente.

Sonríe con mi respuesta.

—¿De verdad es un hombre de acción?

Cyrus hace mención a mi complexión delgada y poco trabajada para exponer sus sospechas.

—Steve Kilpatrick. SEAL destinado en Afganistán y el cuerno de África en varias ocasiones...

Hacha lee las primeras líneas de mi expediente con tono descreído.

—Supongo que será cierto eso de que las apariencias engañan.

La risa cómplice de ambos es un aviso y me confirma lo que sé sobre ellos. Son muy peligrosos.

—¿Y qué pasó para que acabases aquí con nosotros?

Hacha quiere saber la parte que está tachada de mi archivo.

—Tuve un enfrentamiento con un alto mando del ejército por una mujer...

—decido contar lo justo y necesario para salir del aprieto.

La otra persona que completa este grupo, y que hasta este mismo momento había intentado pasar lo más desapercibido posible, me mira sin pudor y sonríe con malicia tras oír mi explicación.

—Y te echaron.

Confirmando la suposición de Cyrus sin separar mis ojos de los del hombre que está sentado frente a mí.

—Y cómo no sabes hacer otra cosa más que disparar y matar te hiciste

mercenario.

Hacha completa la historia demostrando que no lo convence.

—¿Qué te parece?

Busca de nuevo la opinión de Cyrus.

—Que pronto saldremos de dudas.

La mirada perturbada que me dedica Cyrus y que busca asustarme me produce un escalofrío.

—¿Y tú qué, viejo?

Hacha, conforme con mis explicaciones o aburrido de las mismas, ya no sé qué pensar, cambia de objetivo.

—Así que investigador de accidentes aéreos...

Así lo indica la tarjeta identificativa de la NTSB, la Junta Nacional para la Seguridad en el Transporte, con el nombre J. STANTON que lleva colgada en el bolsillo de la chaqueta de su uniforme.

—¡Que hables, coño!

Cyrus, uniéndose al interrogatorio con un tono mucho más intimidante, refrenda que a ninguno de los dos les hace gracia su presencia entre nosotros. A mí tampoco.

—Sólo estoy aquí para descubrir que causó el accidente.

El hombre, que por edad ya tendrá que estar jubilado, les contesta de manera escueta. Su voz apagada y su expresión corporal apocada ofrecen la imagen de un viejo inofensivo.

—¿Desde cuándo la NTSB trabaja para la CIA?

La nueva pregunta de Hacha lo hace encogerse de hombros.

—No lo sé. Yo me limité a cumplir las órdenes de mis superiores.

Las profundas arrugas de su frente destacan su calvicie y una cuidada perilla blanca dentro de un rostro ovalado con las facciones muy marcadas.

—No te preocupes, viejo...

Cyrus entiende su incomodidad como miedo hacía ellos y le gusta.

—Hacha y yo hemos hecho esto decenas de veces con éxito.

Presume de aventuras con orgullo.

—Llegamos, rastreamos y cuando encontramos al objetivo lo eliminamos.

Y resume con sorprendente y basta precisión el trabajo que vamos a realizar. Somos los responsables de que la operación negra que recibió luz verde hace veintisiete horas, cuando un avión que transportaba a un grupo de cincuenta y seis sujetos se estrelló en medio de ninguna parte de la península que ahora nos encontramos sobrevolando, sea un éxito.

—La misma mierda de siempre. A limpiar las cagadas antes de que vean la luz y salpiquen a las altas esferas.

Hacha, que ha posado la tableta en el asiento contiguo, saca del cinturón un cuchillo con el que empieza a hacer malabares. No se trata de un arma muy grande, pero si lo suficiente para afrontar imprevistos. Y por la seguridad con que lo maneja me atrevería a decir que es una especie de amuleto o objeto fetiche que ya lo ha sacado de más de un apuro.

—¡Me encanta este trabajo!

Cyrus estalla en una fuerte y macabra carcajada tras escuchar la crítica de su compañero. Su risa inunda todo el compartimento y consigue que, por primera vez desde que despegamos y por unos segundos, deje de escuchar los molestos motores del HÉRCULES C-130.

—Según las coordenadas del GPS nos encontramos a poco más de diez minutos del lugar del accidente.

Hacha nos avisa tras mirar de reojo la pantalla de la tableta y su anuncio viene acompañado de una serie de temblores que agitan todo el avión.

La situación empeora cuando el ruido de los motores se vuelve más intenso y Hacha decide acercarse a la cabina para averiguar qué es lo que está pasando.

—¿Problemas, novato?

Cyrus me guiña un ojo mientras sonrío. Está disfrutando.

—Procura no mearte encima.

No quiero entrar en su juego y me vuelvo a asomar a la ventana para mantener la calma. La impresionante imagen de los serpenteantes meandros que se van agrandando conforme noto como el avión desciende me ayuda a conseguirlo.

—No son más que turbulencias.

Las vibraciones van desapareciendo de forma paulatina con el regreso de Hacha y la pérdida de altitud que estamos experimentando.

—El avión tendrá que permanecer por debajo de la altura recomendada durante varios minutos.

Sé que no soy el único que está pensando que acabamos de descubrir al responsable del incidente.

—Los pilotos también me han informado de que no podrán aterrizar por culpa del permafrost. Hay que saltar...

Comparte la otra novedad que trae mientras busca los paracaídas que nos lanza a Cyrus y a mí.

—¿Salto HALO o HAHO?

Cyrus es un asesino despiadado adicto a la adrenalina. Así lo corrobora su reacción anterior y el entusiasmo que desprende con el cambio de planes.

—Que sea HAHO por el bien del viejo.

La imagen de Stanton vestido con el uniforme ergonómico de camuflaje igual que nosotros cobra mayor relevancia.

—¿Qué es un salto HAHO?

Hacha y Cyrus estallan en una nueva carcajada al unísono con su inocente pregunta.

—Un salto HAHO es un salto en caída libre desde un avión en pleno vuelo, pero tranquilo... tú vendrás conmigo.

Hacha señala el doble arnés del paracaídas que se ha quedado para él.

—Otra cosa más...

Reclama nuestra atención antes de que nos pongamos los paracaídas.

—Nos sacan horas de ventaja así que dejaremos aquí todo lo prescindible para ir lo más rápido posible tras ellos.

Señala nuestras mochilas dándonos a entender que sólo vamos con los rifles de asalto.

—Ahora veremos de lo que eres capaz, SEAL.

Cyrus se burla de mí mientras nos acabamos de ajustar los paracaídas. Se creen los cazadores y no tienen ni la más remota idea de lo equivocados que están.

## Capítulo 5

### EL DEMONIO

Dejó de contemplar el jardín a través de la ventana de su despacho para mirar la hora en el reloj. Las manecillas de una elegante pieza de coleccionista que le habían regalado sus hijos con motivo de su ochenta cumpleaños marcaban las diez y cinco.

Intrigado por el retraso, se volvió a sentar en su butaca y encontró la excusa perfecta para amenizar la espera en una de las fotos que decoraban su escritorio. La cogió con su arrugada y vieja mano y no pudo evitar que la imagen le hiciese dibujar una sonrisa bobalicona.

Se sentía y sabía una persona afortunada. Había tenido una buena vida. Era cierto que nunca disfrutó de alardes, pero tampoco había pasado penurias; llevaba casi sesenta años casado con el amor de su vida con la que había formado una familia que vio crecer y hacer sus propias familias; gozaba de una buena salud, quitando los achaques propios de la edad; pero sobre todo, se había podido dedicar a su vocación. Una pasión que, con el beneplácito de su comprensiva mujer y sus hijos, se negó a abandonar quince años atrás para disfrutar de la nueva y más relajada vida que le ofrecía la jubilación.

Aunque ninguna de esas razones era la causante de su actual y feliz estado de ánimo. La culpable de ese buen humor no era otra que su nieta Lucy, el miembro más joven de su familia con apenas cuatro años de edad. La pequeña era su perdición. Y es que cuando estaba con ella se quitaba años de encima y hacía desaparecer la pose seria y distinguida que ofrecía en su trabajo y el día a día para recuperar un espíritu infantil que ni sus hijos más mayores conocían.

Un par de suaves golpes en la puerta del despacho lo apuraron a recuperar la compostura mientras volvía a posar la foto en su sitio.

—Adelante —dio permiso para pasar.

Una joven con la cara oculta tras una apagada melena rubia, sucia y alborotada, entró escoltada por un par de celadores. Iba vestida con una camisa y un pantalón blancos que le quedaban un poco grandes.

—Buenos días, Nora —la invitó a tomar asiento—. ¿Cómo estás hoy?

No contestó y se limitó a acurrucarse, escondiendo su cabeza entre las rodillas y las manos dentro de las mangas, en una de las sillas puestas

frente al escritorio.

—Gracias —despidió a los vigilantes.

Los hombres abandonaron el cuarto dándoles la privacidad necesaria. La sesión tenía que empezar.

—¿Has vuelto a tener pesadillas? —una vez a solas retomó la sesión desde el punto en el que lo habían dejado la última vez.

Sabía que no era muy habladora así que se dedicó a mirarla con interés mientras esperaba algún tipo de reacción. Tenía su expediente delante, pero no necesitaba hojearlo, se lo sabía de memoria.

—Estoy mucho mejor.

Su respuesta lo sorprendió por referirse a la primera de sus preguntas obviando la más reciente.

—¿Lo has vuelto a ver? —conocía su falta de colaboración así que se armó de toda la paciencia que requería su trabajo y siguió con las cuestiones.

La pregunta escondía condescendencia y no debería. El éxito de una terapia de choque radica en afrontar las consecuencias de los actos y asumir las responsabilidades de los mismos, pero sabía que con ella ese proceder no era el apropiado. Tenía que estar dispuesto a que la paranoia tuviera su dosis de protagonismo para lograr los ansiados avances.

—Si... —murmuró con apenas un hilo de voz.

Su caso era especial para él. Había atendido a decenas de personas con brotes psicóticos a lo largo de sus años de carrera, sin ir más lejos tenía a unos cuantos más dentro del propio centro, pero ninguno de ellos era como ella. Nora tenía tan sólo catorce años y había sido condenada por intento de asesinato.

—Sigo teniendo pesadillas —inició un ligero y acompasado vaivén con el cuerpo.

Eran detalles como ese, el retraso en las respuestas que no tendrían mayor importancia si estuvieran motivados por la medicación o una mente más desarrollada, los que lo tenían tan desconcertado como fascinado.

—Las enfermeras me han dicho que te sigues negando a tomar las pastillas que te he recetado, ¿acaso no quieres mejorar?

La experiencia le había enseñado que con pacientes como ella debía de ceder el control. Dejarlos creer que están al mando, aunque no sea más

que una ilusión.

—Son malas —respondió dejando ver una cara donde unas marcadas y profundas ojeras habían borrado cualquier atisbo de candidez.

—No lo son —la contradijo con medida—. Te ayudarían a no tener más pesadillas... y así dejarías de ver al demonio.

Sabía el pánico que le producía ese nombre. Siempre que cobraba protagonismo en sus conversaciones las sesiones se tenían que acabar por culpa de los gritos de pánico que obligaban a los celadores a volver a entrar y llevársela a su habitación para sedarla. Pero esta vez no fue así.

—El demonio... —repitió viendo como los vaivenes habían cesado y tenía toda su atención—. No es más que un producto de tu imaginación, Nora —se sintió intrigado al ver que por primera vez desde que la conocía su mirada no desprendía miedo ante el nombramiento sino interés—. No existe.

Los ojos que lo seguían observando con curiosidad se entornaron con sus palabras.

—Existe... —lo contradijo con un tono mucho más grave y tétrico que el propio de una joven de su edad.

Enmudeció.

—E iba todas las noches a visitar a Nora a su habitación.

Impresionado e intentando asimilar lo que estaba pasando, se quitó las gafas del bolsillo de su camisa y se puso a revisar el expediente en busca de alguna pista que pudiera sugerir el diagnóstico que él ni siquiera había intuido a pesar de tantos años de carrera, pero que ella le acababa de descubrir.

—Tu madre dijo que eso era mentira —hizo mención a su testimonio queriendo disimular la incomodidad que estaba empezando a sentir en su presencia.

—Y que iba a decir esa mala puta... —su insulto expresó mucho rencor—. Hablamos de una mujer mediocre que traicionó a su propia hija por el cariño de un desconocido que sólo la utilizó para llegar hasta Nora.

Su desprecio confirmó que ya no estaba hablando con la misma muchacha retraída. Nora nunca se hubiera atrevido a hablar así de su madre.

—¿Quién eres? —hizo la gran pregunta.

Ya no tenía dudas. Nora había desarrollado un trastorno de personalidad por culpa de la experiencia traumática sufrida. Ahora lo más importante para él era averiguar hasta que punto era peligrosa esa nueva personalidad.

—Nora... —sonrió con malicia mientras jugaba de manera traviesa con el brazalete identificativo de plástico que llevaba puesto en la muñeca—. ¿Acaso no reconoces a tu propia paciente, Peter?

No le gustó que lo llamase por su nombre a pesar de que era él mismo el que le decía a sus pacientes que lo tuteasen cuando se los presentaban durante el ingreso. Mostrarse cercano y amigable era un buen punto de partida para crear vínculos que permitieran lograr buenos resultados.

—¿Qué pasó con Jason? —quiso recuperar el control de la situación sabiendo de la importancia de ese nombre para Nora.

Un brillo en los ojos y la pérdida de dureza en el gesto de la joven anunció que había logrado su propósito.

—Me quería —la voz apagada de Nora volvió a sonar acompañada de una expresión melancólica.

—Y si lo hacía, ¿por qué te hizo daño? —se quitó las gafas y la miró exigiendo sinceridad.

—Él no me hizo daño —replicó de manera nerviosa—. Nunca lo haría.

Se le escapó una lastimosa sonrisa con su pobre defensa.

—¿Entonces por qué huyó? —le quiso hacer ver la realidad que se seguía negando a asumir.

La mirada de la joven volvió a recuperar la rabia perdida.

—Porque todo el mundo teme al demonio —un suspiro irónico se le escapó al pronunciar el apodo—. Ese chico presumía de amor hacía nuestra Nora y se convirtió en la única vía de escape a una vida de mierda y el infierno que tenía en casa, pero cuanto tuvo que demostrarlo se acojonó y escapó como un puto cobarde.

La transformación de joven desvalida a mujer turbadora tenía lugar en apenas segundos para fascinación del siquiatra e inquietud del cabeza de familia.

—Pero tú no lo haces —le hizo ver que sabía que estaba hablando con otra persona.

Presumió en silencio.

—Según la declaración de tu madre el que te violó fue Jason... —recordó lo que ponía en el expediente—. Lo que me lleva a pensar que tú estás aquí porque el subconsciente de Nora necesitó evadirse de la realidad y crear una defensa con la que poder hacer frente a lo que pasó... —intentó encajar las piezas—. Y tú te aprovechaste de su rencor para con su padrastro.

—Estás muy equivocado, Peter —se acomodó en la silla y lo volvió a corregir manteniendo una calma que resultaba espeluznante—. Yo sólo hice lo que ella deseaba con todo su ser y nunca se hubiera atrevido a hacer.

Estaba muy incómodo en su presencia y por primera vez en mucho tiempo tuvo la tentación de llamar a los celadores para que se la llevaran antes de tiempo.

—El padrastro de Nora es un respetado veterano de guerra sin ninguna mancha en su expediente militar ni civil —tragó saliva queriendo recuperar la compostura ante ella—. Me cuesta creer que hiciera esa clase de cosas.

La declaración de Nora a la policía lo culpaba a él de las vejaciones sufridas.

—El demonio tiene muchas formas y caras, Peter... —volvió a decir su nombre con retintín sabiendo que lo incomodaba—. Y el que veía a nuestra querida Nora mostraba su verdadera apariencia cuando se metía en su cuarto por las noches.

La acusación vertida sobre el padrastro había sido desestimada por la policía gracias al testimonio de la madre y al tomarla como un intento desesperado de una chiquilla enamorada de exculpar al verdadero responsable.

—Yo sólo le dejé claro que no la iba a volver a tocar más —sentenció convencida.

No había ninguna pista en su voz o en sus gestos que lo invitasen a pensar que estaba mintiendo.

—Por eso casi lo matas —lo creyó entender.

Una malévola y orgullosa mueca fue la respuesta que recibió.

—¿Me dejarías volver a hablar con Nora? —se lo pidió de buenas maneras.

No podía olvidar que su principal prioridad era el bienestar de Nora, y como tal, cuánto más tiempo estuviera hablando con esa nueva personalidad, más riesgo corría su paciente.

—Me decepcionas, Peter —fingió estar ofendida con su desplante—. Pensaba que estarías más interesado en conocerme.

Tuvo que volver a esquivar su mirada y se volvió a poner las gafas para releer el informe y así poder disimular. Pero no fue una buena idea porque sus ojos, movidos por el morbo, lo llevaron a la parte de la historia donde se describía como los policías que acudieron a la llamada de la madre se encontraron a la muchacha, con el rostro desencajado por una macabra sonrisa, sujetando con firmeza el cuchillo ensangrentado con el que acababa de apuñalar a su padrastro en el pecho.

—Peter... —reclamó de nuevo su atención—. Tranquilo, no te tienes que preocupar más por ella. Ya estoy yo para cuidarla.

Dejó de leer, se volvió a quitar las gafas y no pudo ocultar el desasosiego que le produjo escuchar la determinación de sus palabras.

—Vamos... —hizo alusión a su preocupada reacción—. Ambos sabemos que Nora es una chiquilla de catorce años incapaz de valerse por si sola y superar la tragedia que ha sufrido sin mi ayuda.

—Nora —la llamó—. Si me escuchas, me gustaría volver a hablar contigo de Jason.

Sintió un escalofrío con la tétrica carcajada que soltó ante su estrategia para traerla de vuelta.

—Yo te puedo ayudar...

La joven se levantó de su asiento y se acercó hacia él con oscuras intenciones.

—Y lo vas a hacer, pero no de la forma que pretendes.

## Capítulo 6

### DAMIEN

No sé cuánto tiempo habrá pasado desde que encontramos esta mugrienta cueva. La maldita claridad que se niega a desaparecer confunde unos sentidos que ya tengo atrofiados por culpa del cansancio y los dolores.

—¿Cómo tienes la mano?

La pregunta del viejo a la policía me hace reír. Tendría que darle las gracias. No pensé que lo volvería a hacer tan pronto.

—Bien.

Y su respuesta completa la hipocresía. No se gustan y sólo se soportan porque creen que se necesitan para sobrevivir. Estoy intrigado por descubrir cómo se van a desenvolver cuando las cosas se pongan feas... feas de verdad. Mi instinto me dice que el viejo no tardará en caer a pesar de su elogiada resistencia y con su muerte, su mujer y su hija estarán perdidas... y a mi merced. La policía ya me ofrece más dudas. Su expresión apocada me presenta a una víctima ideal para mis necesidades, pero hay algo en ella que no me acaba de gustar y todavía no sé qué es.

—Reanudemos la marcha.

Y qué decir de la puta alemana que ejerce de líder. A ésta la dejaré para el final. Le haré pagar por todo lo que me hizo.

—¿Por qué no nos quedamos un poco más?, a mi marido le vendría bien seguir descansando.

He conocido a demasiadas mujeres para saber que el interés que demuestra Vera para con su esposo no es preocupación sino miedo. Teme por su propio bienestar y aquí dentro se siente a salvo. Sus ojos me dicen que le aterra la simple posibilidad de tener que adentrarse en el misterioso bosque del que apenas hemos descubierto un par de senderos. Pánico que no la debería de avergonzar... en esos caminos van a pasar muchas cosas.

—Hay que moverse.

La policía se suma a la propuesta de la puta al tiempo que se pone en pie como ella. Se trata de una mujer a la que su aspecto inocente le otorga una especie de belleza angelical de facciones suaves, pero es la imagen de su rostro magullado por el accidente lo que más me atrae de ella y lo que

despierta mis más bajos instintos. Los mismos que me revuelven las entrañas demandando una satisfacción que, de momento, no les puedo dar. Tengo que ser paciente.

—Además, hemos acabado el agua y las vendas.

El malhumorado apunte de la alemana recupera el fallido discurso sobre las restricciones y me hace compartir su desazón al recordar como madre e hija se dedicaron a malgastar botellas enteras en el puto viejo moribundo desde que llegamos.

—Podríamos regresar y volver al camino...

La insistencia de Vera reafirma que no estoy equivocado en mi percepción para con ella.

—Suerte escalando el talud con tu marido en ese estado.

La manera en la que se dirige la policía a ella descubre que tampoco está contenta con su manera de actuar y anuncia que el grupo se ha fracturado. La familia está por su cuenta.

—Ahora mismo sólo hay tres opciones: atravesar este bosque, quedarse aquí o volver al talud. Podéis venir con nosotras y con un poco de suerte encontrar algo de comida y más agua...

Interesante que la nueva actitud de la policía la acerque tanto a la manera de ser de la alemana.

—Quedaros aquí y morir congelados...

Las asustadas miradas que comparten madre e hija viendo la encrucijada en la que se han metido por su falta de generosidad para con ellas no tiene precio.

—O volver al camino, pero si elegís esta última tendréis que abandonarlo. En su estado no podrá superar el talud.

Y el viejo. Qué decir de él. Su cara lo dice todo. Está acojonado ante la posibilidad de que sus mujeres se lo estén planteando.

—No nos podemos quedar y nosotras tampoco lograríamos subir el talud otra vez...

La hija se apura a desechar la idea propuesta por su madre. Su posicionamiento la disgusta, pero a mí no me sorprende. Es lo suficientemente lista para saber que sin la ayuda de la policía y de la

alemana no puede sobrevivir.

—Si nos quedamos muere, y si volvemos sobre nuestros pasos también lo hace...

Insiste ante las dudas que siguen poseyendo a su madre, pero lo hace con un resentimiento inesperado y desconocido. Me encanta ver que detrás de esos ojos grandes y claros se esconde carácter. Cómo pienso disfrutar de esos labios carnosos que ahora están morados y agrietados por culpa del frío cuando ya no exhalen aliento alguno.

—Vamos.

El viejo se levanta del regazo de su mujer con muchos problemas. Quiere zanjar el debate entre sus mujeres, pero está a punto de caer al suelo por culpa de un repentino mareo que le sobreviene de no ser por ellas. No negaré que estoy disfrutando con la escena.

—Decidido. Nosotros dos nos quedamos.

Centro toda mi atención en Vera que no ha dejado de ejercer de esposa abnegada con caricias y atenciones desde que nos conocimos. Su pelo corto y teñido de un rubio apagado le da un aspecto más juvenil del que debería de tener por edad y me deja ver con claridad un rostro de rasgos delicados, pómulos marcados y labios finos que a buen seguro le habrán hecho ser una mujer muy deseada en sus años de juventud. Pero es lo que no se ve lo que más me cautiva de ella. Mi mente perversa dibuja las curvas que se esconden debajo del abrigo y del uniforme. Tengo que parar. Esta clase de pensamientos no me ayudan a contener el hambre que necesito saciar con tanta urgencia.

—¿Estás bien?

La hija también se desvive por el viejo, pero el agobio de ambas no es compartido por las otras dos que ya se encuentran a punto de abandonar la cueva.

—¿Estamos listos? —no seré yo quien retrase por más tiempo la marcha así que me levanto con entusiasmo para unirme a la alemana y a la policía.

El viejo me responde con una mirada que rebosa odio desde el regazo de su mujer. No puedo ni quiero reprimir la sonrisa triunfal que se me escapa ante su patética reacción. Sabe que ya he ganado y que sólo tengo que esperar un poco más para que sus mujeres sean mías.

## Capítulo 7

### HACHA

—¿Cuántos han sobrevivido?

Stanton empieza a tener problemas para seguir el alto ritmo que he impuesto a la marcha. Ha fracasado en su misión. No encontramos las cajas negras del avión durante la inspección que realizamos a los restos encontrados así que el motivo del accidente sigue siendo un misterio.

—Según el dron que sobrevoló la zona después del accidente son seis supervivientes —le respondo sin dejar de seguir las huellas que me dibujan el camino a seguir.

Llevamos horas caminando entre meandros y el incómodo permafrost. Me sorprende que hayan conseguido avanzar tanto después de ver los restos del accidente.

—Y espero que todos ellos sigan con vida...

Cyrus deja asomar un poco de la frustración que yo también siento. A estas alturas pensaba que el juego ya habría empezado...

—¿Lo estarán?

El novato, cerrando la marcha, hace referencia a las adversas condiciones climatológicas a las que nos estamos enfrentando para plantear un escenario que por su bien espero que no sea el acertado. Cyrus y yo conseguiremos la sangre que necesitamos de una manera u otra.

—Tienen que estarlo.

Comparto el deseo de Cyrus y dejo que el silencio se vuelva a convertir en un compañero más de viaje que me invita a comparar el desierto congelado que atravesamos con Faluya. Aquel pequeño infierno de arena donde Cyrus y yo realizamos nuestra última misión al servicio del ejército de los Estados Unidos hace catorce años. Allí donde por fin asumimos lo que éramos y lo celebramos con la masacre de un pequeño poblado local.

—Hacha...

Abandono mis felices recuerdos y veo como Cyrus me señala hacia un desvío del camino justo delante de nosotros.

—Veamos que tenemos —agarro el fusil y sigo el nuevo rumbo que han tomado las huellas.

Llegamos al borde de un pequeño despeñadero que revela una foresta a lo lejos.

—Premio.

Cyrus se relame adivinando que acabamos de dar con el escondite de nuestras presas.

—Y pensar que si hubieran seguido adelante lo hubieran conseguido...

Y tiene razón. Nuestro punto de extracción se encuentra siguiendo el camino que acabamos de abandonar. En esa dirección esta la única oportunidad de supervivencia que hay en este lugar.

—Les pudo la necesidad de refugiarse del frío —no los puedo culpar, ellos no están equipados ni entrenados para sobrevivir en estas condiciones.

La imagen casi idílica de la foresta trae a mi memoria recuerdos de Cancún donde Cyrus y yo tuvimos que dar caza a aquel capo de la droga al que le habían dado demasiada cuerda desde el gobierno el año pasado.

—¿Te acuerdas del manglar de Tajamar? —acompañó con una mueca engreída mi pregunta.

—¡Ándale, ándale!

Y el entusiasmo con el que me contesta me confirma que si lo hace.

—No perdamos más tiempo —se acabó el descanso.

Me vuelvo a acomodar el fusil en la espalda para que no me moleste durante el descenso y soy el primero en bajar.

—¿Manglar de Tajamar?

Escucho la pregunta que le hace el novato a Cyrus mientras esperan su turno. Alguien le debería de recordar que la curiosidad mató al gato.

—Dos días de diversión en México que acabaron con una cabeza empalada en una estaca...

No veo su cara, pero me la puedo imaginar por el repentino silencio que sigue a la breve explicación.

—¿Cabeza empalada?

La impresión que se escapa de su réplica reafirma mi corazonada para con él. No es como nosotros. Quiere aparentarlo con una falsa actitud prepotente, pero lo único que ha conseguido con ella es resaltar la mentira y hacer que me cuestione qué hace aquí. Cualquier respuesta que se me ocurre parece improbable cuando miro una cara aniñada en donde sólo unas bolsas debajo de los ojos y unas ligeras canas en los laterales de su cabello se presentan como la muestra irrefutable de que ya es un hombre y no un adolescente.

—Echa un vistazo —se lo ordenó cuando llega a mi lado.

Obedece sin rechistar mientras yo espero por Cyrus y el viejo. ¿Quién coño es y por qué está aquí?

—¿Estás seguro de que quieres venir con nosotros?... igual no estás preparado para ver lo que va a pasar.

Sonrió con el malicioso comentario que Cyrus le suelta al viejo mientras lo ayuda a realizar el descenso.

—No tengo un buen sentido de la orientación. Por mi cuenta a saber dónde acabaría...

Se justifica con él en el momento en que llegan a tierra firme.

—Cyrus... —lo llamó aparte.

Stanton aprovecha el momento para recuperar el aliento perdido por la caminata y el descenso.

—¿Me tengo que preocupar?

No entiende mi pregunta.

—¿Desde cuándo te has convertido en una hermanita de la caridad?  
—completó la broma.

Intenta contener la risa que le he provocado para que el viejo no se percate.

—Sólo quería darle un poco de ventaja...

Le guiño un ojo con complicidad demostrando que también había pensado lo mismo sobre el futuro del investigador. Dentro de poco estará deseando

no haber subido al avión con nosotros.

—¡He encontrado algo!

Cyrus y yo nos apuramos a acercarnos al novato para comprobar de qué se trata y a nuestra llegada a su lado nos encontramos con vendas ensangrentadas manchando el suelo helado.

—¡Señores! —reclamo la atención de los tres mientras me aseguro de que mi fusil no se ha encasquillado por culpa del frío—. Comienza la diversión.

## Capítulo 8

### EL OGRO

Artículo de la página de sucesos del periódico Metroxpress del día 3 de Mayo.

#### **El final de la pesadilla**

#### **Un matrimonio de Lysön ha sido detenido y acusado como responsable de los secuestros de las veintiún jóvenes desaparecidas a lo largo de los últimos años en Hundested.**

La tragedia, que ha llegado a su fin, se remonta a hace catorce años cuando una familia de Copenhague que disfrutaba de sus vacaciones en una de las playas de Hundested denunció la desaparición de su hija de dieciséis años de edad.

El paso de los días y la falta de pistas por aquel entonces llevó a la policía a poner en marcha el protocolo de secuestros, pero la investigación resultó infructuosa y arrastró a los padres de la muchacha a la peor de las pesadillas. Una angustia que por desgracia sufrirían veinte familias más a lo largo de estos años otorgando una macabra relevancia entre la sociedad danesa al autor de los hechos que pasó a ser conocido como "el ogro". Un monstruo que convirtió las zonas más turísticas de Hundested en su particular coto de caza gracias a la gran afluencia de personas y el ambiente festivo.

Pero todo acabó cuando la última de sus víctimas, una norteamericana de veintiocho años llamada Megan Darcy que llevaba desaparecida desde el pasado mes de marzo, apareció tambaleándose y con aspecto enfermizo ante un vecino de Lysön, pueblo situado a unos pocos kilómetros de Hundested, en plena noche y en mitad de la calle mientras paseaba a su perro.

El salvador de Megan, tras reconocerla, decidió llevársela a su casa y llamar desde allí a la policía tras escuchar su atropellado y asustado testimonio con el que se descubrió la ubicación de la guarida del ogro y su identidad.

El dispositivo que desplegó la policía agitó a un pueblo flemático donde sus vecinos no tardaron en compartir su asombro al descubrir la identidad de la persona más buscada de Dinamarca en las dos últimas décadas. "Eran un matrimonio educado y agradable"... "Siempre tenían un trato cordial con todo el mundo"... "Acudían a misa todos los domingos", estas

eran las frases más repetidas que suscitó la revelación de que "el ogro" no era sólo un hombre como se había sospechado desde un principio, sino un matrimonio de mediana edad y buena posición que había convertido el sótano de su casa en una especie de prisión donde las jóvenes raptadas eran obligadas a hacer uso de su fertilidad para dar niños a la pareja.

Megan, la heroína de esta historia, fue trasladada al hospital universitario de Copenhague donde con el beneplácito de los doctores, la familia y el apoyo psicológico del centro, relató cómo fue su estancia en aquel lugar.

"En los dos meses que estuve dentro de esa pesadilla vi lo mejor y lo peor del ser humano"... "Vivíamos encadenadas y en condiciones insalubres con el único propósito de procrear ante la incapacidad de la mujer por fecundar y la negativa del marido a adoptar por culpa de su fuerte dogma de fe"... "Vi a niñas convertidas en mujeres a la fuerza tratando de cuidar a unos bebés incapaces de sobrevivir en aquellas condiciones"... "Maya, jamás olvidaré lo que hiciste por mí. Gracias". Estas fueron las únicas partes de su relato que la policía decidió compartir con los medios de comunicación para evitar que la historia tomase un tono sensacionalista por respeto al resto de las familias implicadas y su dolor.

Junto a Megan, que se dice que está embarazada, hubo otra superviviente de la que se desconoce su identidad, aunque fuentes consultadas por este periódico nos ponen en disposición de poder afirmar que se trataría de una de las primeras secuestradas, por su posible implicación en la muerte del resto de las chicas. Sospechas que hacen creer que la joven, ya mujer hoy en día, habría desarrollado el conocido como síndrome de Estocolmo. Un vínculo con sus secuestradores que se habría ido estrechando con el paso de los años y que sería el causante de los crímenes que se le achacan.

Por su parte, al matrimonio, ya puesto a disposición judicial, se le imputan los delitos de secuestro, maltrato y explotación infantil y sexual de las veintiún jóvenes, además de determinar su implicación en los asesinatos sucedidos.

Por suerte todo ha acabado y aunque no se puede hablar de final feliz, si se puede decir que se ha acabado la pesadilla de Hundested.

## Capítulo 9

### KATHERINE

El agua empantanada me llega por las rodillas y cada paso que doy cuesta un poco más que el anterior por culpa de la vegetación acuática que estamos atravesando. Resulta curioso, pero el frío ya no es tanto y apenas noto sus efectos. Mi temperatura corporal se ha aclimatado y no tengo síntomas de hipotermia, pero sí de hambre. No sé cómo lo llevarán los demás, pero no creo que pueda aguantar mucho más sin llevarme algo a la boca.

—Ha sido mala idea...

El pesimismo de Vera, que cierra la marcha con su marido, ha aumentado cuando nos hemos visto obligados a entrar en esta especie de zanja anegada cuyo camino se ha ido estrechando conforme más nos adentrábamos en ella. Las paredes de tierra y raíces que ahora nos rodean están tan cercanas entre sí que tenemos que ir en fila de a uno para poder seguir avanzando.

—Teníamos que habernos quedado en la cueva.

Entiendo su queja por el estado de su esposo, pero debería de asumir que él ya es un lastre.

—Silencio.

Me vuelve a sorprender la aspereza de la policía, que ahora lidera la marcha, para callarla. Ha cambiado. Ya no es la misma.

—¿Por qué?, si ya estamos muertos.

No sé si lo que pretende Michael es defender a su mujer, contagiarnos su pesimismo o alimentar su propia esperanza de que él no será el único que lo haga.

—Si te hubieran dejado atrás tú ya lo habrías hecho...

El niñoato, que sigue los pasos de la policía y está delante de mí, aprovecha su apocalíptica intervención para malmeter nuevamente contra él.

—Maldito hijo de puta.

Apoyado sobre su mujer, y arrastrándose a duras penas, lo insulta motivado por la impotencia de saber que ya no le puede hacer frente.

Pero su réplica no consigue enfadar ni detener al americano. Es lo suficientemente listo para saber que no necesita malgastar las energías que le queden con él.

—Y te las llevarás contigo por tu cobardía.

En eso le tengo que dar la razón. Está retrasando el paso de su mujer, que ya tiene serios problemas para seguir el ritmo de su supuesta hija, y por tanto aumentando sus probabilidades de morir.

—Tengo mucho frío...

Jessica, sosteniendo en sus brazos y sobre su cabeza su abrigo y los de sus padres, busca la atención de Michael para evitar que la situación empeore. Chica lista. Me gusta.

—Lo sé.

Y consigue su propósito. Michael se olvida del americano y centra toda su atención en ella.

—¿Por qué no nos podemos poner los abrigos?

Sólo busca su aprobación para poder hacerlo.

—No debes, cariño...

Pero él no se la da. La tentación es grande, pero tengo que reconocer que la sugerencia que hizo la policía de quitarnos las chaquetas y llevarlas sobre nuestras cabezas para mantenerlas secas fue una buena idea. Es cierto que de primeras puede parecer una tontería, pero cuando salgamos del angosto fangal que estamos atravesando, y sin posibilidad alguna de hacer un fuego con el que calentarnos, una prenda seca será nuestra única manera de poder mantenernos con vida.

—¡Joder!

La templanza que el americano había demostrado hasta el momento desaparece cuando doblamos un nuevo recodo y seguimos sin ver la salida.

—¿Pero se puede saber dónde coño estamos?

La agobiante atmósfera que nos envuelve en este pasadizo nos deja vislumbrar destellos de su yo verdadero y lo lleva a pronunciar la misma pregunta que me he hecho desde que desperté tras el accidente.

—¡Se acabó!

Harto de todo, tira su abrigo al agua e intenta, sin éxito y para satisfacción y disfrute de Michael, escalar por las raíces de los árboles que sobresalen en las paredes pero que se quiebran con su peso.

—¡Joder!, ¡joder!... ¡joder!

Su fracaso y la extenuación que lo posee lo llevan a golpear con furia el agua farragosa en la que nos encontramos.

—¡Me cago en Dios!

La marcha se ha detenido y todos observamos su desahogo compartiendo un silencio cómplice.

—¡No te atrevas a pronunciar su nombre en vano!

A la policía, a mí e incluso al propio americano nos sorprende la airada y apurada reacción de Michael ante su blasfemia. No lo tenía por un devoto y esta inesperada sorpresa me hace preguntarme qué clase de pecado ha podido cometer un hombre de fe para acabar aquí con su familia.

—¿De verdad?

El niño, con manchas de barro maquillando la palidez de su rostro y el mono de presidiario completamente echado a perder, ahora sí que parece interesado en apaciguar su rabia con un enfrentamiento contra él. Decisión que el religioso ansía y que lo hace separarse de su mujer, que se queda detrás de él, esperando su acometida.

—¡Michael!

Pero es Jessica la que, tras dejar caer sus abrigos al agua, se abalanza sobre él para evitar la pelea.

—Por favor...

Le sostiene la cara con las manos y lo atrapa con la mirada consiguiendo, una vez más, su objetivo para con él. No se da cuenta, pero se ha descubierto. Su actitud es más propia de una pareja que de una hija.

—Maldito cabrón mentiroso...

Y el niño cesa en su empeño al llegar a la misma conclusión que yo.

—No es tu hija.

El descubrimiento, al contrario de lo que pensé que sucedería, no avergüenza a ninguno de los dos, incluso me atrevería a decir que a Jessica le produce alivio.

—¿Por qué estamos aquí? —reclamo la atención de la policía.

Poco me importa la naturaleza de la relación que puedan tener o que con la revelación se haya evitado un enfrentamiento mortal, estoy cansada de toda esta mierda y quiero unas respuestas que sólo ella me puede dar.

—¿A dónde nos llevaban? —insisto.

Pero me mira con indiferencia sin responder. Es la primera vez desde que la conozco que su presencia me incomoda.

—¿Por qué nos quitaron sangre antes de subirnos al avión? —incluyo a los demás en las cuestiones para hacerla hablar.

Pero para lo único que sirve mi empeño es para que desvíe su mirada entre el resto esperando ver si alguno decide apoyarme. Ninguno lo hace y todos permanecen en silencio. Incluso la rebeldía del americano se ha esfumado ante unos ojos que nos desprecian y que nos invitan a que no la sigamos molestando.

—Recapitulando todo lo que sabemos...

Michael, sin separarse de Jessica que sigue disfrutando de su abrazo, decide tomar la palabra para demostrarnos su inteligencia y que podemos conseguir nosotros mismos las respuestas que ella nos niega. Cualquiera con un poco de malicia diría que lo hace para mostrarse indispensable, pero a mí no me interesan las conjeturas, quiero respuestas claras y concisas.

—Poco importa eso ahora. Lo que nos tiene que preocupar es intentar salir de aquí con vida.

A todos, incluida la policía que ahora la mira con curiosidad por su interrupción, nos sorprende que sea Vera la que le quite protagonismo a su propio y adorado esposo. El bochorno se ha convertido en rabia reprimida y el gesto amable y temeroso ha desaparecido de su cara.

—Gulag.

Pero Michael la acalla con una mirada y recupera nuestra atención con

decir una palabra.

—¿Y para qué nos iban a encerrar en un campo de concentración ruso?

La pregunta de Jessica está cargada de inocencia. Ya no es una niña, aunque las facciones de su rostro golpeado se empeñen en mostrar lo contrario. Me hubiera encantado conocerla en mi otra vida. Aquella en la que me dedicaba a mantenerme bella gracias a la juventud de adolescentes.

—Ella lo tiene que saber. El avión estaba lleno de gente como nosotros custodiados por gente como ella...

Y es en este momento, con el comentario de Damien, cuando nuestros uniformes de presidiarios recuperan una importancia que habían perdido para recordarnos que ella es la extraña entre nosotros.

—¡Habla!

El americano vuelve a perder los nervios ante su silencio. Empiezo a pensar que está jugando con nosotros.

—No os puedo decir nada que sirva de ayuda.

Su tardanza en contestar demuestra que ni la impresionamos ni nos teme a pesar de que la superamos en número. Por las caras que veo no soy la única que está desconcertada con su nueva actitud. Ya no hay rastro de la mujer que arriesgó su vida para salvar a Jessica.

—Sabíamos que iba a ser un viaje largo... —a pesar de todo no quiero que esta conversación acabe de esta manera.

Recuerdo que el avión despegó desde una pista privada en las afueras de Bruselas.

—Cierto, pero a nosotros no se nos desveló el itinerario del vuelo para evitar filtraciones. La carga...

Hace una breve y traviesa pausa para referirse a nosotros con tono despectivo.

—Era demasiado importante.

Y no recula cuando Damien, cabreado por su burla, hace el ademán de ir a por ella.

—Sigamos adelante.

Reanuda la marcha sin que nadie, ni siquiera yo misma, nos veamos capaces de oponernos.

—¿Tú por qué estás aquí?

Jessica, tras recuperar los empapados abrigos y ver como Michael regresa con su mujer, se acerca según retomamos la caminata en busca de la salida. Supongo que su repentino interés está provocado por el cambio de actitud de la policía. Ya no me ve tan peligrosa a pesar de mi vestuario... un error muy grave si tenemos en cuenta lo que me ha traído aquí y lo famélica que estoy.

—Porque al igual que vosotros... —incluyo a Michael y Vera en mi contestación—. Hice cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Mi respuesta sólo ha servido para avivar su curiosidad.

—Cosas que te harían estremecer y desear no haber preguntado si las supieras.

## Capítulo 10

### CYRUS

—Han estado aquí.

Sostengo entre los dedos las vendas manchadas de sangre que hay cerca de las botellas vacías de plástico. La confirmación de Hacha mientras examina la mochila en busca de otras pistas que nos revelen más información aviva la excitación que siento en mi interior. Estamos estrechando el cerco.

—Tú... —me dirijo al novato—. Sal fuera y échale un ojo al viejo no se nos vaya a perder.

Mi orden no parece haberle hecho gracia, pero obedece y Hacha y yo nos quedamos solos dentro de este agujero.

—¿Qué vamos a hacer con él? —soy directo.

Hacha tira la mochila de malas maneras tras comprobar que no contiene nada de interés.

—Como en el caso del investigador...

Desvía la mirada hacia el exterior para confirmar que ninguno de ellos nos está escuchando y cuando está seguro me ofrece una sonrisa que muchos tildarían de macabra, pero que yo interpreto como un gesto de complicidad.

—Primero las prioridades y luego la diversión.

Me gusta su puntualización.

—¿Quién coño crees que es? —quiero saber su opinión con respecto al novato.

Guarda un breve silencio antes de contestar. Lo conozco y sé que también le ha estado dando vueltas a su presencia aquí entre nosotros.

—No lo sé, pero por su bien espero que esté a la altura de la mentira que está representando.

Y yo también.

—¡He encontrado un rastro!

Y como si supiera que estábamos hablando de él, nos llama con novedades.

—Vamos.

Salimos de la cueva y nos espera, junto al viejo, en la entrada de una especie de pequeño pantano no muy lejos de donde nos encontramos.

—Estamos de suerte. Siguen todos con vida...

El barro fresco de la orilla nos presenta varias pisadas. El tamaño de algunas de ellas confirma la cuenta hecha por el novato a pesar de que unas están superpuestas sobre otras.

—Y el herido sigue empeorando así que no tardaremos en darles alcance.

Las palabras de Hacha son música para mis oídos. ¡Por fin! La impaciencia que empezó a arañar mi estómago desde que saltamos del avión se ve recompensada con estas palabras. Un pequeño premio que sé insuficiente para aplacar esta necesidad insaciable que desde mi adolescencia me enseñó que mi vida siempre estaría dirigida al camino de la violencia y que pude encauzar cuando me alisté en el ejército dejando atrás una patética e insuficiente existencia de peleas clandestinas de barrio humilde.

—Toca mojarse.

Sonrió con la invitación de Hacha al novato para que sea el primero en adentrarse en el agua empantanada.

—Ahora veremos de lo que eres capaz, SEAL.

Y estallo en una carcajada interna cuando escucho el comentario que le dedica cuando pasa por su lado para iniciar el camino. Y lo hago porque sé que él se cree que se lo dice para que nos demuestre si está capacitado para estar aquí con nosotros, cuando la realidad es bien distinta. Se ha convertido en la octava presa y no tiene ni la más remota idea.

—Primero las prioridades, luego la diversión.

Hacha, guiñándome un ojo, me lo repite cuando paso por su lado para unirme al novato en el agua. Tiene razón y así lo haré, pero ambos sabemos que me deleitaré con él cuando llegué el momento. Convertiré la falsa confianza con la que se mueve y actúa en suplicas y lloros. Haré de

este bosque su tumba.

## Capítulo 11

### EL FANTASMA

—¿Cómo te ha ido? —dejó de mirar el móvil con el que intentaba distraerse, sin conseguirlo, cuando lo vio entrar en la sala de descanso.

No le contestó y dejó que fuera el agotamiento de su cara el que lo hiciera por él mientras le daba un primer sorbo al café que había cogido en la máquina del pasillo.

—Está fuera de peligro... —la acabó por informar tras dar un nuevo, largo y estimulante trago del vaso de plástico—. Ha perdido el bazo y le hemos tenido que reconstruir la rodilla derecha, pero le auguro una recuperación satisfactoria.

Se dejó caer a su lado cuando ella se apuró a acomodarse en posición fetal en una de las esquinas del sofá para dejarle un hueco.

—¿Secuelas? —quiso que fuese más claro.

—Quizás una cojera —sabía que su respuesta no le iba a gustar.

Y se apuró a consolarla cuando la mujer, ofendida y dolida, tuvo la tentación de estampar su teléfono contra el suelo por culpa de la frustración.

—Es nuestro trabajo —repitió las mismas palabras que se había dicho a si mismo mientras realizaba la operación.

Él tampoco estaba contento. Era la primera vez que se lamentaba de ser el jefe de cirugía del Mercy General Hospital de Sacramento en los veintiún meses que llevaba en el cargo. Puesto que, según tenía entendido y para mayor orgullo personal, era la primera vez que desempeñaba un mexicano.

—Hicimos un juramento... —le acarició la espalda para mostrarse cercano.

Se lamentó en silencio de que la primera caricia que le diese fuera bajo esas circunstancias, pero entendió que la situación lo requería.

—Tienes razón —agradeció su preocupación.

Era la verdad. Su trabajo era el de auxiliar a cualquiera que estuviese herido o enfermo sin importar que clase de persona era.

—¿La madre? —se interesó por su paciente.

La cercanía que ahora disfrutaba, y que lo estaba poniendo nervioso, lo hizo recordar, con todo lujo de detalles gracias al olor de su perfume, el día que la conoció y se la presentaron como la nueva cirujana residente meses atrás. La destreza y audacia que demostró desde el principio en su puesto y unos rasgos exóticos propios de su lugar de procedencia lo habían cautivado como nunca nadie había hecho antes. Tan contundente era esta afirmación que su conocida fama de donjuán entre las enfermeras del hospital había dado paso a la de un hombre apocado y vergonzoso cuando estaba con ella.

—No lo ha conseguido —agachó la cabeza apesadumbrada confirmando los peores presagios.

—Sofía... —posó el vaso de café en el suelo y quiso recuperar su atención sujetándole la cara con ternura—. No es tu culpa.

Necesitaba oírlo, pero aún así era muy duro. Había pasado las dos últimas horas al frente de la operación de una mujer de cuarenta y nueve años que ingresó junto a su hija de veintiuno.

—He hablado con Dave... —suspiró antes de revelar más malas noticias para ella.

Dave era el otro cirujano de guardia que había tenido que intervenir ante la urgencia de lo ocurrido.

—¿Cómo está la hija, Mario? —a ella no le gustó el silencio que guardó.

—Tampoco lo ha logrado —apenas fue capaz de responder con un decepcionado hilo de voz.

Sofía rompió a llorar por pura impotencia. Las mujeres se habían visto envueltas en un accidente de tráfico con tres víctimas implicadas. Dos de ellas estaban muertas.

—¿Acaso no existe la justicia divina? —reprochó con rabia.

A Mario le hubiese encantado tener una respuesta. Esa que aliviaría la mala conciencia que tenía ahora mismo por ser el único de los tres que había podido salvar a su paciente, pero no la encontraba.

—Según la policía fue la hija la responsable del accidente al saltarse un semáforo en rojo... —relató la información que le habían dado y que ella desconocía—. Especulan que iría distraída hablando con la madre y...

—Consiguió lo que nadie había conseguido —lo interrumpió con incredulidad.

Mario aprovechó el incómodo silencio que se hizo entre ambos para imaginarse lo que estaría pasando en la planta superior. Allí donde ahora mismo su paciente se encontraba descansando tras la operación bajo la atenta vigilancia de varios agentes del FBI.

—Ha sobrevivido la única persona que no lo tenía que hacer —despotricó Sofía con indignación.

Tenía razón y conforme más hablaba con ella, más dudas tenía de si había hecho lo correcto. El juramento hipocrático, como bien se lo había recordado minutos antes, era el que lo convenció de no hacer una tontería cuando los agentes de policía que escoltaron a los paramédicos hasta el hospital le dijeron de quién se trataba.

—Ellos harán que pague por todo lo que ha hecho —retomó su intento de consuelo para con ella y porque no decirlo, para consigo mismo también.

Sabía que su repulsa era compartida por el resto de compañeros que se encontraban en el hospital y los agentes de la ley que se habían encargado de clausurar la planta donde ahora estaba “el fantasma”. Así era como lo conocían periódicos y televisiones.

—¡Mató y violó a treinta y cinco mujeres por Dios! —pero para ella no era suficiente.

Mario no se consideraba una persona impresionable, su trabajo lo había curado de espanto, pero empezó a tener sudores fríos cuando su imaginación lo hizo escuchar los desgarradores gritos de auxilio de todas y cada una de esas mujeres pidiendo una ayuda que nunca recibieron.

—Toda la costa oeste ha padecido su presencia y sólo el testimonio de un vagabundo borracho al que en principio no se tomó en serio por describirlo como un adolescente flacucho dio una pista fiable a seguir —Sofía redirigió su enfado hacia los cuerpos de la ley.

Los periódicos relataron, con extraña admiración en algunos casos debido a su juventud, su modus operandi en todas y cada una de sus apariciones en los últimos veintiocho meses. Su meticulosidad, sin huellas ni semen que investigar; su raciocinio, los asaltos se producían de madrugada en callejones lejos de miradas curiosas y cámaras de seguridad o tráfico; su constante migración, nunca había atacado dos veces en la misma ciudad y no tener un patrón de víctimas definido lo llevó a convertirse en un fantasma que sólo pudo ser detenido por el retrato ofrecido por un

repudiado social y una maldita desgracia.

—¿De verdad crees que la inyección letal será suficiente castigo? —lo retó a responder.

La abrazó con fuerza. Fue lo único que se le ocurrió para contestar. Quiso pensar que así sería, que los segundos que pasaría sentado en la silla con el veneno recorriendo su torrente sanguíneo le devolverían todo el dolor provocado, pero no le quería mentir así que siguió en silencio y se dedicó a disfrutar del momento que había surgido entre ambos. Ese que lo animó a prometerse a si mismo que cuando acabasen el turno la invitaría a desayunar.

## Capítulo 12

VERA

Mis dientes castañetean sin que lo pueda evitar y mis músculos están ateridos, pero mi estado poco me preocupa ante la, cada vez más notoria, falta de color de Michael. Si muere, la mataré. Lo juro por Dios. Si estamos aquí es por su culpa.

—Lo siento...

No quiero que se muera, pero no lo pienso perdonar.

—Sé que te estoy lastrando, Vera.

Ni lo miro. ¿Qué se cree?, ¿qué lo iba a abandonar?, es mi marido.

—Ambos sabemos que no me queda mucho y no me quiero ir de esta manera...

¿Ahora quiere hacer las paces?, ¡maldito desgraciado! ¿Por qué la eligió a ella?, ¿qué tiene de especial a parte de su juventud?

—No os quedéis atrás.

La advertencia de la policía me anima a acelerar el lento paso que llevamos. Él lo intenta, pero ya es un peso muerto y yo apenas puedo con él. Se me muere en los brazos y a pesar de todo lo que me ha hecho no sé si podré seguir adelante sin él.

—¿Necesitas ayuda?

Estoy destrozada tanto física como mentalmente y no negaré que aceptaría la ayuda de cualquiera para seguir cargando con él, pero no de ella.

—No lo toques —uso un tono contenido para no montar una escena—. Por encima de mi cadáver.

Tenía que haberla matado cuando empezó a perder la cabeza.

—Tú eres mejor persona que eso, Vera...

Una profunda sensación de rabia me posee cuando Michael me regaña. Que no se atreva a darme lecciones de moral ahora.

—Ella también es parte de nuestra familia.

Jessica reanuda la marcha tras recibir una nueva caricia por su parte y poco tarda en unirse a los demás. Envidio como la mira y la delicadeza con la que la toca e intento recordar si alguna vez me miró a mí de esa manera. Quiero pensar que si, que hubo un tiempo en el que yo era el centro de su mundo.

—La quiero...

Espera a que volvamos a quedarnos a solas para romperme el corazón. No debería de sorprenderme su confesión, pero oírlo de su boca me hunde.

—Os quiero a las dos.

Tendría que abofetearlo y dejarlo aquí tirado, pero soy incapaz de hacerlo. Odio que tenga ese poder sobre mí. Odio saber que he condenado mi alma por hacerlo feliz y que ha sido para nada.

## Capítulo 13

### MICHAEL

No se merece lo que le estoy haciendo, pero tenía que decírselo para poder ir en paz. Algo que no va a tardar mucho en suceder para mi desgracia. Puedo notar como con cada bocanada que doy para dar un paso más se me escapa la vida por la boca. Quiero pensar que este sufrimiento es el castigo por lo que he hecho y que cuando muera seré perdonado por Dios.

—¿Y si ya estamos muertos?

La desesperanza del niño acaba con mi momento de autocompasión. Me alegra ver cómo se ha desmoronado, pero su pregunta me hace pensar... ¿y si tiene razón? Su duda me provoca un pequeño momento de lucidez y me doy cuenta de un detalle que ha pasado inadvertido para todos los demás: nada nos acompaña en nuestro camino. No hay fauna de ningún tipo y tampoco se escucha otra cosa que no sea nuestras quejas y lamentos.

De repente la policía, que sigue liderando la marcha, se detiene y los demás no tardamos en imitarla al descubrir el motivo. La poderosa imagen de un árbol brotando del agua enfangada hacia el cielo grisáceo nos recibe en medio de un claro que precede a la tan ansiada salida de esta franja. Las extrañas y macabras formas que tienen sus ramas alimentan mi nueva paranoia.

—Salgamos de aquí.

La policía se apura a salir del agua. Ya no es la misma timorata que surgió de entre los restos del avión y quería despertar conciencias para que nos uniéramos, ahora es alguien que si de verdad estamos en el infierno hará lo necesario para salir de él... sola.

## Capítulo 14

### LA VIUDA NEGRA

—¿Estoy bien aquí? —preguntó Laura al cámara mientras se acababa de retocar el peinado y alisar la chaqueta que cubría una fina y elegante camisa de lino.

Sus años de reportera habían acabado. Ahora era la presentadora de los informativos de la noche y una de las caras más reconocidas de la cadena, pero la repercusión mediática del juicio que estaba teniendo lugar la había obligado a trasladarse a Francia y volver a sus inicios. Esos donde los nervios de las primeras conexiones presentaban a una joven simpática que con su desparpajo delante de la cámara poco tardó en cambiar los reportajes gastronómicos, turísticos o de festivales los fines de semana por la comodidad de un plató. Ascenso meteórico que las malas lenguas achacaron a su belleza y gusto por relacionarse con sus superiores y no a su talento.

—Acaba de empezar el informativo y están con los titulares. Entramos en unos segundos... —su operador le dio la aprobación tras acabar de ajustar la imagen con el zoom de la cámara.

Carraspeó para aclarar la voz.

—Así es... —tomó la palabra con una leve sonrisa cuando escuchó su nombre y la pregunta de su compañero desde plató dándole paso—. Nos encontramos a las puertas del Palacio de la Justicia en París donde se está celebrando el juicio contra la mujer conocida como "la viuda negra" —su tono se volvió más formal—. Una audiencia que recordamos vive hoy su séptimo día...

Un pequeño y travieso golpe de viento jugó con su oscura melena, que llevaba suelta a la altura de los hombros, y la obligó a apartarse los mechones más rebeldes que tapaban su cara. Lo hizo con una naturalidad aprendida gracias a la experiencia y sin dejar que ese pequeño contratiempo la interrumpiese en su labor.

—Y que tiene como protagonista al principal testigo de la acusación —siguió con el relato memorizado minutos antes con elogiada profesionalidad—. Se espera que con su testimonio sea suficiente para conseguir la máxima condena para la mujer.

Interrumpió de manera repentina su intervención cuando escuchó a su compañero por el pinganillo decir que habían perdido la señal.

—Como decía... —retomó la explicación cuando su operario, en apenas segundos, arregló el problema y se lo hizo saber con un gesto con el pulgar—. Una pena que el abogado defensor, por lo que hemos podido saber y para indignación de la Fiscalía y de la corriente pública, espera poder rebajar de manera drástica al basar su estrategia en responsabilizar de los sesenta y tres asesinatos de los que se acusa a su defendida en el trastorno de personalidad que en jornadas anteriores se ha demostrado que padece.

La cámara desvió su atención, de manera premeditada y pactada, para enfocar a la multitud que se agolpaba en los alrededores del edificio reclamando justicia con gritos y pancartas bajo la atenta vigilancia de la policía.

—Recordamos que no sólo Francia se ha visto sacudida por los violentos crímenes de la “veuve noire”... —su perfecta entonación francesa le dio una siniestra elegancia al apodo puesto por los medios—. El Reino Unido también se vio afectado por sus matanzas. Londres, Birmingham , Glasgow, Liverpool, Marsella, Lyon, Toulouse y París son las ciudades que sufrieron su presencia. Más en concreto sus víctimas...

El objetivo devolvió la atención a la mujer con la imagen solemne del Palacio a su espalda. Un encuadre perfecto que el operario había podido conseguir gracias a la altura que les ofrecía el stand habilitado por la policía para la prensa y que compartían con el resto de medios de comunicación desplazados desde el resto del mundo para informar del juicio.

—Todos ellos hombres casados que fueron encontrados brutalmente apuñalados en camas de hoteles con una nota clavada en el pecho donde se podía leer la frase “nunca más” escrita con su propia sangre.

Manteniendo la compostura, esperó a que el piloto de la cámara se apagase cuando su compañero, desde el plató y a través del pinganillo, la informó de que iban a seguir con el resto de noticias del día.

## Capítulo 15

### AVARICIA

Abro los ojos por culpa del frío. No sé cuánto tiempo habrá pasado desde que salimos de la franja y encontramos este claro protegido por los árboles donde decidimos tomarnos un descanso, pero la falta de algo con lo que abrigarme para combatir estos temblores ha podido con mi necesidad de reposo.

Y todo ha sido por su culpa. La veo tumbada y quiero levantarme y matarla, pero no me siento capaz de hacerlo y no es por falta de ganas, sino de fuerzas. Estoy demasiado débil.

El único consuelo que me queda es ver como ella, y el americano también, comparten mi sufrimiento. Ambos parecen dormir, como la policía y la otra mujer, pero sus cuerpos, al contrario que los de ellas, tiritan confirmando que haber echado a perder los abrigos en la franja es nuestra sentencia de muerte.

Mi rencor hacía ella se ve relegado a un segundo plano cuando me doy cuenta de que Michael no está a mi lado.

—¿Michael? —siento una enorme angustia en el pecho.

Nerviosa, lo buscó con la mirada sin éxito.

—¡Ayuda! —no dudo en despertarlos a todos mientras me pongo en pie.

Mi marido no está y en su actual estado es incapaz de levantarse y valerse por si solo.

—¿Qué pasa?

La policía es la primera en despertar. El perpetuo estado de alerta en el que nos encontramos, motivado por la desconfianza, es el responsable de su rápida reacción.

—¡No está! —estoy aterrada—. ¡Mi marido no está!

Los demás se unen a la sorpresa que supone su desaparición.

—Lo encontraremos.

Parece preocupada por su ausencia, aunque algo en mi interior me hace entender que no es por su bienestar sino por haberlo perdido de vista. Sea como sea, me da igual. Lo único que me importa es que Michael

vuelva a mi lado.

—Nos separaremos para buscarlo...

Su anuncio no entusiasma al americano ni a la alemana, pero ninguno de los dos se atreve a replicar.

—Tú y ella...

Avisa a Jessica para que se una a mí.

—Mirar por ahí.

Nos señala el sendero por el que hemos venido y asiento con la cabeza. En cualquier otra circunstancia me hubiera negado a ir con ella, pero no cuando es por Michael. Y sé que ella piensa lo mismo. Su rostro está descompuesto por el miedo a que le haya pasado algo. Imagino que el mío estará igual.

—Tú vete por ahí...

El desprecio se escapa de su voz cuando se dirige a la alemana.

—Y tú...

El americano se incómoda cuando lo nombra con tono exigente.

—Te vienes conmigo.

Definitivamente no es la misma mujer que nos ayudó a salir del avión para poder sobrevivir.

—¡Muévete!

Hago caso a Jessica. Tiene razón. Estoy perdiendo el tiempo.

—¿Qué ha pasado?

No tarda en liberar tensiones conmigo mientras atravesamos los primeros árboles y la vegetación que nos rodea.

—No lo sé... —soy sincera—. Desperté y ya no estaba a mi lado.

Mi respuesta no la satisface y la entiendo, a mí tampoco lo haría de estar en su lugar.

—Así es cómo cuidas de él...

El ruido de las hojas caídas que pisamos no puede silenciar la acusación que murmulla y que no pienso contradecir. También tiene razón. Es mi culpa.

—Cómo le haya pasado algo...

Me amenaza, pero no hace falta que lo haga. Yo misma me castigaré de ser así.

—¡Aquí!

La voz de la policía a lo lejos detiene nuestra búsqueda y los reproches.

—¡Está aquí!

Echo a correr para reunirme con ellos guiándome por su voz. No recuerdo cuando fue la última vez que lo hice, pero reencontrarme con mi marido y confirmar que está bien me ha insuflado fuerzas e incluso ha hecho desaparecer el frío que había calado mis huesos.

Jessica me sigue y cuando por fin llegamos al lugar en cuestión el alivio que me había embargado se desvanece de golpe y es sustituido por la peor de las desolaciones. Esa que me muestra con crudeza como la policía se encuentra agachada junto a mi marido... o lo que queda de él.

—¡No!

Jessica cae de rodillas al suelo y rompe a llorar. Yo ni siquiera puedo hacerlo. Mi cuerpo se ha quedado petrificado.

—Jo jo jo... vaya final ha tenido el viejo.

El americano disfruta con la perturbadora visión.

—¿Has sido tú?

Jessica se levanta del suelo y hace lo que tendría que hacer yo. El fatídico desenlace que ha padecido mi marido le ha dado el valor necesario para hacerle frente.

—Tranquila, muñeca, ese no es mi estilo.

Pero él reniega la acusación señalando el cadáver de Michael que yace sobre un charco de sangre, con el torso abierto y los intestinos rebosando.

—Parece cosa de un animal salvaje...

La alemana aparece y expone, sin empatía, la posibilidad más lógica.

—¿Un oso?

Jessica mira en todas las direcciones asustada.

—Desde que llegamos no nos hemos cruzado con nada...

La policía se separa del cuerpo para desarrollar otra teoría.

—¿Entonces?

Pero la alemana le intenta hacer ver que es lo único con sentido. La conversación que sigue a continuación entre ambas se convierte en un lejano murmullo en mis oídos. Sé que están hablando porque veo como lo hacen, pero la imagen del cuerpo de mi esposo destrozado como un vulgar despojo y su rostro desfigurado y cubierto por restos de sangre animan a mi cabeza a imaginar la pesadilla que tuvo que padecer antes de encontrar la paz.

—¡Es tu culpa!

Mi conciencia, en cambio, sí que me deja escuchar con toda la claridad posible la desquiciada acusación de Jessica mientras viene a por mí con el rostro desencajado por la rabia.

—¡Ha muerto por tu culpa!

Me cruza la cara de una bofetada y no hago ademán de defenderme. Está en lo cierto. Todo ha sido por mi culpa y mi empeño en querer tener unos hijos que Dios siempre me negó. Esa avaricia se ha llevado a mi marido.

—¿Y por qué no ha podido ser uno de nosotros?

Damien alimenta la tensión creciente. Por su cara sé que está disfrutando ante la posibilidad de estar en lo cierto y eso me debería de interesar y preocupar por lo que significa, pero la culpa sólo me deja llorar sabiendo que todo se ha acabado para mí.

## Capítulo 16

### STANTON

—No pueden estar muy lejos...

Hacha está en lo cierto. Les hemos tenido que recortar mucho tiempo. Las heridas que tengan, la falta de comida, el frío y el desánimo los han tenido que frenar.

—¿Qué es eso?

Salimos de la franja y Cyrus nos descubre un antiguo y descolorido árbol que sale de las entrañas del fondo del pantano para presentarnos el único camino por el que han podido seguir.

—Es extrañamente hermoso.

Las enrevesadas formas de sus ramajes atraen la atención de Steve cuando pasamos por su lado. Lleva todo el viaje intentando disimular, pero está incómodo y sé que yo soy el responsable de su desasosiego.

—Tenemos huellas...

El aviso de Cyrus me anima a echar un rápido vistazo comprobando que han salido del agua los mismos que han entrado en ella. No ha habido muertos.

—Cyrus...

Hacha lo avisa cuando pisamos la enfangada orilla. No entiendo que se proponen hasta que veo cómo se dedica a preparar una rústica, pero efectiva, trampa.

—No queremos que nadie se escape, ¿verdad, viejo?

Imito la sonrisa que Hacha me dedica mientras esperamos a que Cyrus se reincorpore para seguir adelante.

—Estamos cerca.

Steve confirma algo que ya sabemos tras examinar las pisadas con mayor detenimiento. Ratificación que yo mismo le podría dar, si quisiera compartir esa clase de información con él, por otra pista más que ha pasado por alto para todos ellos. No está en el lodo ni en los árboles sino

en el ambiente... ese olor.

—¡Silencio!

Hacha, que se había adelantado unos pasos, lo manda callar y Cyrus se apura a unirse a nosotros.

—Ahora es cuando las pulsaciones de un hombre normal aumentarían por los nervios...

Cyrus presume entre susurros mientras comenzamos a escuchar lo que parece ser una discusión no muy lejos de donde nos encontramos.

—Pero las nuestras descienden como buenos predadores que somos.

El orgullo con el que se describe a Hacha y a él es silenciado por el puño en alto del propio Hacha. Señal que lo apura a ir junto a él haciendo la menor cantidad de ruido posible.

—Están convencidos de que son ellos los cazadores.

Steve aprovecha el momento de intimidad que tenemos para expresar la lástima que le producen.

—Pobrecitos —le guiño un ojo y vuelvo a ver el mismo miedo en sus ojos que la última vez que nos vimos.

## Capítulo 17

### ENVIDIA

—¡Te voy a matar, hija de puta! —ya no puedo soportarlo más.

Exploto y la agarro del cuello para estranglarla con mis propias manos.

—¡Detente!

Hago oídos sordos ante la exigencia y aprieto su yugular con toda la fuerza que me queda una vez la he conseguido tirar al suelo.

—¡No lo hagas!

Ver como se pone morada y lucha por su vida aumenta mi sed de venganza.

—¡Para!

Me quieren persuadir, pero no lo conseguirán. No pienso ceder.

—Ella no es la única culpable... tú también lo eres.

Y me detengo desconcertada cuando me doy cuenta de que ninguno de los tres, que observan en silencio el desarrollo de nuestro enfrentamiento, es el responsable de las advertencias.

—¡No! —me quitó de encima de Vera y reculo desde el suelo alejándome de ella y de los demás—. ¡No!, ¡no!, ¡no!

No sé cómo lo han conseguido, pero están aquí. ¡Están aquí!

—¡No es inocente! —la acuso cuando me doy cuenta de que los tres me miran desconcertados por mi reacción.

Se ha librado de mis manos gracias a Maya y las demás, pero no dejaré que se salga con la suya. Resulta patética tirada en el suelo intentando recuperar el aliento perdido. Esa misma debilidad es la que ha acabado con Michael.

—Por culpa de tu enajenación acabamos aquí...

¿Se ha atrevido a acusarme la hija de puta?

—Tú las mataste a todas ellas por envidia...

Animada por haberse librado de mí, escupe todo el odio que me tiene.

—Porque ellas le daban lo que tú tampoco podías a Michael... hijos.

Y se ríe descubriendo que compartimos maldición.

—¡Lo amaba! —quiere aprovechar la ausencia de Michael para volverlos contra mí—. ¡Y él me amaba a mí!

Mi desesperada confesión provoca miradas que entiendo como acusatorias para conmigo.

—Pero él me prefería a mí...

La puta es incapaz de estar callada.

—¡Cállate! —me vuelvo a levantar para ir a por ella.

Una sonora carcajada de Damien me vuelve a detener.

—¿De verdad que estabas enamorada de ese pedazo de mierda?

Señala con desprecio el cuerpo sin vida de Michael.

—¡No lo vuelvas a nombrar si quieres seguir con vida! —no titubeo ni rehuyo de su mirada.

Mi airada contestación no lo intimida.

—¡Michael ha sido, es y será el gran amor de mi vida! —ya no me importa nada—. ¡Y fue ese amor el que me convirtió en el monstruo que soy!

Y me enorgullezco cuando escucho como Vera, dolida por la verdad de mi afirmación, solloza mientras se arrastra hasta los restos de Michael.

—Así que tú también eres una chica mala, ¿eh?

La sonrisilla que se le escapa a Damien confirma que cada vez está más cómodo en todo el caos que se ha desatado desde el trágico descubrimiento.

—Lo es. Al contrario que a mi marido...

Aprieto los puños y la mandíbula llena de odio tras oír como recalca la última palabra con malicia. A ella también la hubiera matado por aquel

entonces de no ser por él.

—A mí nunca me engañaste. Siempre supe que esa inocencia que desprendes no era más que falsa apariencia para esconder a tu verdadero ser. El único consuelo que me queda es que a pesar de todas tus caricias y mentiras él siempre volvía a mí...

No lo soporto más y me vuelvo a lanzar sobre ella para indiferencia de las mujeres y el disfrute de Damien. No se van a entrometer y eso me hace dibujar una mueca desquiciada al saber que esta vez nada, ni mi molesta conciencia, me impedirá acabar lo que empecé minutos antes.

—¡Muérete! —aprieto su cuello con tanta fuerza que siento dolor en mis propios dedos.

Intenta librarse de mí, pero es vieja y ya no tiene fuerzas para hacerlo. Sus ojos se ponen vidriosos y su rostro se vuelve a poner morado. Lo voy a conseguir.

—¡Hazlo... puta desgraciada!

Me insulta, con la voz ronca y apagada, al tiempo que deja de luchar y me dedica una extraña sonrisa.

—¿Qué haces? —su reacción me desconcierta.

Y cuándo por fin entiendo lo que se proponía ya es demasiado tarde para remediarlo. Ha muerto y gracias a mí se ha ido con él.

—Otra menos...

La alemana, con una sórdida serenidad, confirma su muerte desde la distancia mientras yo me separo de ella y rompo a llorar. Y lo hago porque sé que he perdido con ella.

—¡Vaya, vaya!... veo que habéis empezado la fiesta sin nosotros.

Un hombre con acento latino, y que por su vestimenta y el arma que sujeta entiendo como militar, irrumpe en el claro sorprendiéndonos a todos. Pero no está solo. Otro hombre, mucho más mayor y desarmado lo acompaña.

—Por fin te encuentro, Nora...

Van vestidos igual, pero al contrario que el que nos apunta con su arma, parece inofensivo. Aunque la pérfida mueca que acompaña el tono

confiado con el que se dirige a la policía anuncia que no debemos de fiarnos de su apariencia.

## Capítulo 18

### FRAUDE

—Emma Masterson...

Se quitó las gafas y dejó de leer el libro al reconocer la voz que le habló.

—Y yo que creía que ya estarías retirada —la manera en la que se dirigió a ella demostraba cercanía y complicidad.

Sonrió con su suposición agrietando un rostro donde la piel tersa dio paso a las arrugas propias de la edad.

—¿Puedo? —señaló el asiento que estaba a su lado ocupado por su abrigo.

—Thomas Finley... —posó las gafas y el libro sobre la mesita abatible del asiento delantero y se apuró a poner su forro polar sobre las piernas—. No sabía que formabas parte de este operativo.

El veterano y orondo agente del MI6 le ofreció una de las barritas de chocolate que estaba disfrutando después de sentarse.

—No, gracias —se palpó el estómago por encima del chaleco de la INTERPOL—. Estoy a dieta.

La miró con sorpresa.

—Pero si estás estupenda...

Y era verdad. Ni siquiera los reflejos canosos que destacaban sobre su cabellera rubia ceniza la hacían aparentar los casi setenta años que tenía.

—No lo necesitas —opinó mientras le daba un nuevo mordisco a la chocolatina.

Le agradeció el cumplido.

—A nuestras edades hay que empezar a cuidarse... —desvió su mirada hacia la prominente barriga de su viejo amigo que resultaba más llamativa al estar sentado.

Thomas captó la indirecta.

—No me querrás quitar una de las pocas alegrías que me quedan, ¿no?

Ambos rieron con el jocoso comentario.

—¿Cómo está Susan? —preguntó por su mujer.

Decenas de investigaciones conjuntas entre sus agencias eran las causantes de la estrecha relación que mantenían y que duraba catorce años ni más ni menos.

—Cada vez menos enfadada cuando me tocan este tipo de trabajos... —se acarició el anillo de casado de manera involuntaria al hablar de ella—. Aunque no me puedo quejar. Aún no me ha cambiado por otro más joven y delgado.

Volvieron a reír.

—Por eso yo nunca me he casado... —el tema de su soltería siempre era recurrente en las reuniones familiares—. A mí sólo me espera Landrú en casa. Y por suerte es un hombrecito muy independiente.

—¿Pero aún sigue vivo ese gato? —entonó con incredulidad—. Si debe de tener por lo menos diecisiete años.

Uno de las personas presentes en el compartimento se levantó de su asiento tras echar un rápido vistazo a su reloj. Su rostro descompuesto y sudoroso llamó la atención de Emma cuando lo vio dirigirse hacia la parte delantera del avión.

—Yo no tendría que estar aquí... —susurró con pesimismo la mujer que iba sentada al otro lado de Emma sin dejar de mirar por la ventanilla del avión.

Emma se volvió a centrar tras escuchar su voz apagada.

—Tú, cállate —no dudó en sacar su lado más dictatorial para con ella.

Su advertencia logró su propósito y la mujer volvió a guardar silencio mientras intentaba disfrutar de la visión de los meandros que se encontraban sobrevolando.

—¿A dónde vamos? —Emma retomó la conversación con Thomas con un tono mucho más serio e íntimo.

—Sabes que no te lo puedo decir... —no quiso sonar maleducado.

—Al menos dime si voy a tener que estar mucho más tiempo encadenada

a ella... —no se iba a rendir tan fácilmente.

La mirada de Thomas se desvió por un momento al reposabrazos del asiento de Emma donde unas esposas mantenían a ambas mujeres unidas por las muñecas.

—Dos o tres horas más —accedió a contentarla tras mirar su reloj.

—¿Qué coño es esto, Thomas? —fue clara aprovechando su amistad—. Mi superior me manda a Bruselas sin darme explicaciones y a mi llegada me encuentro implicada en una operación de escolta de presos con otras agencias de la que nadie sabe nada.

El resto del pasaje presente en el compartimento cobró protagonismo tras sus últimas palabras. Agentes del MI6, de la INTERPOL y de la CIA, custodiaban, como hacía ella, a una decena de los cincuenta y seis presos que aparecían en el manifiesto del avión. compartimento

—Lo único que te puedo decir es que no te confíes...

La atención de ambos se centró en la mujer de apenas treinta años y melena cobriza que se mantenía entretenida mirando a través de la ventanilla.

—Me dijeron que necesita una de éstas cada ocho horas para estar controlada... —sacó del bolsillo del abrigo un bote lleno de pastillas.

—La condenaron por el asesinato de más de sesenta hombres...  
—confirmó el peligro que suponía—. Por eso está bajo tu custodia.

—Sesenta y tres —puntualizó la mujer con un tono mucho más confiado girándose hacia ellos para entrometerse en la conversación—. No me quieras restar méritos, guapo.

Tanto Thomas como Emma se vieron sorprendidos e impresionados por unos ojos que habían olvidado cualquier tipo de sumisión para acompañar una siniestra y orgullosa sonrisa aclaratoria.

—Bonito anillo... —hizo mención a su anillo de casado—. ¿Eres de los buenos o de los traviesos?

Thomas sintió un fuerte escalofrío. Era más grande y fuerte que ella, sin olvidar que estaba esposada a Emma, pero, aunque no lo hubiese reconocido en caso de ser preguntado en ese preciso momento, tuvo miedo. Miedo al saber de lo que era capaz esa mujer con cara expresiva y una inquietante actitud seductora.

—¡Cállate! —por suerte Emma no compartía su respeto para con ella.

Poco le impresionaba su currículum. Había tenido que lidiar con multitud de presos a lo largo de sus años en la INTERPOL y desarrollar la capacidad de sobreponerse y dominar la situación era una habilidad adquirida.

—No estoy hablando contigo... —la hizo de menos sin mostrarse intimidada por ella—. Hablo con Thomas —prosiguió con su flirteo para con él desde la distancia—. Soy muy cariñosa con los chicos malos, ¿sabes?

La traviesa y lúgubre carcajada que se le escapó con su propio comentario resultó espeluznante. Era increíble comprobar como la misma persona que parecía un juguete roto por momentos, en segundos se desenvolvía como una mujer fatal con la capacidad de intimidar al hombre más confiado del mundo.

—Vuelve a abrir la boca y haré que te comas el libro —Emma no dudó en amenazarla para poner fin a la intervención.

Su mirada turbia se posó en la portada de la novela en cuestión "Volzac: La Caída".

—¿A qué viene tanto rencor para conmigo, Emma? —se acomodó en su asiento queriendo saber más—. Ya lo sé —chasqueó los dedos de la mano que tenía libre—. Lo quieres sólo para ti —asintió con la cabeza presumiendo de estar en lo cierto—. No sé, no sé... —empezó a jugar con un mechón de su melena de manera coqueta—. Está bien. Por esta vez haré una excepción y te lo dejo a ti —accedió tras echar un último vistazo a Thomas—. Se ve que necesitas que te peguen un buen meneo para que se te quite la amargura, vieja gorda.

Emma tuvo el reflejo y la tentación de cruzarle la cara, pero Thomas se lo impidió sujetándola por la muñeca para nueva carcajada de la mujer.

—No merece la pena —el agente del MI6 no quiso que se rebajase a su nivel.

Emma suspiró queriendo recuperar la calma y abrió el bote de pastillas para meterle una en la boca a la fuerza.

—Será mejor que vuelva a mi asiento —Thomas se despidió de ella una vez que vio que la situación estaba bajo control.

Tenía su asiento en la parte delantera del avión.

—Ahora no le haría ascos a esa chocolatina —Emma recuperó su buen

humor para con él para despedirse.

—Claro —sacó la barrita que le quedaba del envoltorio y se la ofreció.

Emma la empezó a degustar una vez Thomas abandonó el compartimento. De nuevo a solas, se volvió a acomodar en su asiento y se propuso retomar la lectura poniéndose las gafas, pero un repentino y brusco ruido procedente de la parte delantera del avión se lo impidió. El poderoso silencio que siguió a continuación aumentó la intriga de agentes y detenidos presentes.

Emma hizo el ademán de levantarse para comprobar que estaba pasando detrás de las cortinas que separaban su compartimento del siguiente, pero no pudo hacerlo por dos buenas razones: la primera, no recordaba que estaba esposada y no podía dejar sin vigilancia a una custodia que luchaba por abrocharse el cinturón adivinando lo que estaba por ocurrir; y la segunda, el ruido escuchado segundos antes se volvió ensordecedor al mismo tiempo que el avión empezó a caer en picado empujándola con fuerza contra el asiento delantero y la mesita abatible.

El golpe que sufrió fue tan contundente que le produjo una profunda brecha en la cabeza. Lo último que pudo ver antes de perder el conocimiento fue como todas las luces de emergencia se encendían mientras caían las mascarillas de oxígeno sobre los asientos.

## Capítulo 19

### ADAM

—Es increíble cómo has cambiado —me acerco a ella para disfrutar de su inconfundible olor y aprovecho la cercanía para susurrarle al oído.

No tengo el recibimiento merecido, aunque supongo que si el esperado. Mi llegada la ha paralizado y su cara describe una mezcla de confusión y miedo a partes iguales. Pero no me importa. Vamos a estar juntos de nuevo.

—¿Quién coño sois?

Las malas formas del único hombre presente, bueno adolescente más bien, reclama la atención de Hacha que lo apunta con su fusil. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que su prepotencia es sólo fachada, está acojonado con nuestra aparición y hace bien... su huida no es lo único que está por acabar.

—¿Có... cómo?

La incredulidad de mi pequeña me hace sonreír. Estaba empezando a olvidar el sonido de su voz.

—¡Mierda!

Cyrus entra en el claro por el extremo norte dándose de bruces con los restos destrozados de un hombre que parece haber servido de alimento para alguna bestia salvaje.

—¡No dispaes, por favor!

La mujer más joven de la expedición se apura a levantar las manos en señal de rendición al ver como Cyrus la apunta a la cabeza.

—Tranquila, no dejaré que te pase nada —aprovecho el momento de confusión para retomar la conversación con Nora—. He venido a rescatarte.

Steve aparece por el lado oeste, a la espalda de Nora, sorprendiendo a la última mujer que aún no ha abierto la boca completando el cerco. Están rodeados. No tienen escapatoria.

—Hemos llegado tarde.

Cyrus se lamenta por los dos cuerpos sin vida que hay.

—Relájate, aún quedan cuatro.

Hacha, con su característico y estremecedor tono calmado, lo quiere consolar...

—¿Asfixiada?

Y le pregunta por el cuerpo de la mujer que descansa al lado de los restos despedazados.

—Si.

Cyrus sin dejar de apuntar a la otra, lo confirma tras acercarse y echar un rápido vistazo.

—¿Quién ha sido?

Escucho la demanda de Hacha sin separar mis ojos de los de Nora. No la pienso volver a perder de vista nunca más.

—Parece que les ha comido la lengua el gato...

Nadie responde y Cyrus recupera su siniestro sentido del humor para aumentar la tensión que flota en el ambiente.

—Así que no fuiste una alucinación de los medicamentos...

No entiendo a qué se refiere mi pequeña.

—Te vi entre la multitud cuando me sacaron de los tribunales el último día del juicio.

Por supuesto que estaba allí. Me pasé los últimos quince años buscándola sin descanso, así que cuando uno de mis antiguos contactos en las altas esferas del gobierno me dio el chivatazo de que una mujer que encajaba en su perfil, gracias al envejecimiento digital, iba a ser juzgada por múltiples asesinatos en París no lo dudé y me subí al primer vuelo disponible para comprobarlo con mis propios ojos. El tiempo que duró el viaje lo pasé luchando por contener la felicidad que me producían las fotos que había de ella en los medios y que dejé que me poseyera, como si fuera un chiquillo, cuando la vi salir escoltada de los juzgados. Estaba diferente, se había convertido en toda una mujer que pretendía escapar de su pasado con un aspecto distinto, pero no tuve dudas... era ella. Mi pequeña. La emoción por haberla encontrado por fin hizo rejuvenecer a un

corazón que había dejado de latir desde su huida del psiquiátrico.

—¿Acaso no recuerdas la promesa que te hice hace quince años? —le acaricio la mejilla con toda la ternura que me produce.

Tengo mucho cuidado al hacerlo. Su cara está lastimada y con algunos cortes poco profundos que entiendo que se hizo por culpa del accidente.

—Iría hasta el mismísimo infierno para encontrarte —pongo mucho empeño en que nadie más oiga nuestra íntima conversación aprovechando que tanto Hacha como Cyrus están ocupados interrogando a los demás.

El problema lo tengo frente a mí. Sigue a la espalda de Nora sin atreverse a abrir la boca. Sabe que ya le falló una vez y no lo veo con valor para afrontar lo que eso supuso.

—No, no llores... —me duele ver como las primeras lágrimas recorren sus mejillas y me dedicó a limpiar esas gotas con delicadeza—. Ahora ya estás a salvo.

Soy su salvoconducto para salir de este lugar con vida.

—Busqué una manera de sacarte de ese avión cuando me enteré de lo que querían hacer contigo, pero no pude conseguirlo y tuve que ingeniar un plan de rescate... —le quiero explicar lo que he hecho por ella—. Reconozco que ha sido muy arriesgado, pero era la única manera de hacerlo. Una vez ese avión aterrizase ya no podría llegar hasta ti.

Se ve superada por la situación y la comprendo. Sé que es mucho para asimilar, pero necesito que entienda que todo lo que hago es por ella.

—¿Tú causaste el accidente?

Balbucea.

—Pero podría haber muerto.

Es adorable.

—Era una posibilidad —tiene toda la razón—. Pero tomé todas las precauciones posibles para evitarlo.

—¿Qué precauciones?

Sonríó. Sé que no debería de perder más tiempo con ésto, pero me veo incapaz de negarle nada, ni siquiera explicaciones.

—Me cobré favores y conseguí situarte en la parte trasera del avión, la más segura en caso de accidente. Sabía tu número de asiento y quién era la agente que te tenía bajo su custodia, así que cuando examiné los restos de la cola y descubrí su cuerpo sin vida, medio desnudo y las esposas abiertas lo supe... —el escenario que los mercenarios estuvieron inspeccionando con minuciosidad en busca de supervivientes a los que matar no era apto para personas impresionables—. El alivio que sentí al saber que lo habías logrado me dio la oportunidad de admirar lo que hiciste. Tuviste la suficiente sangre fría para robarle la ropa a esa mujer para que en caso de que os encontrasen quedar libre.

Acarició el forro polar con la palabra INTERPOL que protege su delicado cuerpo.

—¿Cómo lo hiciste?

Preferiría dejar estas dudas para más tarde, pero Hacha y Cyrus siguen con las preguntas que nadie responde y "Steve" aún está reuniendo el valor necesario para abrir la boca.

—Una vez confirmé que sacarte del vuelo o formar parte de los agentes enviados era imposible, me dediqué a elaborar un plan que consistía en estrellar el avión... —convencerla de que era lo correcto es mi única prioridad ahora mismo—. Y para poder llevarlo a cabo tenía que encontrar al eslabón más débil...

"Steve" me mira con rencor y odio por como la toco, pero creo que lo que más le duele es ver que ella no me rechaza.

—Y no tardé en hacerlo. Un novato de la CIA con problemas financieros por insuficiencia de fondos para afrontar una costosa y vital operación de su único hijo de siete años lo convirtió en mi caballo de Troya particular —se me escapa una pequeña sonrisa al recordar lo poco que me costó convertirlo en un suicida—. Sólo tenía que mandarme una foto de la encargada de tu custodia, el número de asiento y abrir la puerta de embarque situada en la parte delantera del avión cuando os encontraseis sobrevolando una zona en concreto de la península de Yamal...

¿Qué fue muy arriesgado? Si. Pero cuando el mismo contacto que me había dicho lo de Francia, y que consiguió ubicarla en la parte más segura del avión, me habló del proyecto Ares y me dio las coordenadas del lugar al que la trasladaban empecé a estudiar de manera concienzuda la ruta descubriendo una zona donde la gravedad de las turbulencias obliga a los aviones a volar muy por debajo de la altitud indicada para evitar problemas.

—Acto heroico que llevó a cabo sabiendo que en la cuenta bancaria de su familia se había producido un cuantioso ingreso anónimo que permitía

salvar la vida de su hijo —tengo que admitir que fue un buen padre—. Su sacrificio le ha dado al pequeño Luke una segunda oportunidad... al igual que a nosotros.

Noto como se estremece con mi relato. Sigue siendo tan inocente a pesar del paso de los años.

—Hacha... —alzo la voz.

Y con ello interrumpo su inútil interrogatorio y hago que tanto Cyrus como él me miren con curiosidad.

—Creo que sería buena idea que acompañase a esta policía de nuevo al camino mientras vosotros os hacéis cargo de ellos... —me siento magnánimo tras haber dado con Nora y les voy a dar una oportunidad de sobrevivir—. Estoy seguro de que con ella encontraré el camino al punto de extracción donde os estaremos esperando.

Es mentira, pero poco importa cuando veo la mirada cómplice y la mueca traviesa que comparten y que me advierten de que tendré que hacer esto por las malas.

—Viejo...

Y el tono siniestro que emplea Hacha para dirigirse a mí lo confirma.

—Tú, ella y el novato también formáis parte de nuestro juego... ninguno de vosotros saldrá de aquí con vida.

El breve silencio que sigue a su revelación es la señal inequívoca de que la tensión existente no ha hecho más que aumentar. Los supervivientes no se atreven a mover un solo músculo y los mercenarios están esperando a que alguno de ellos lo haga para dar inicio a su macabro entretenimiento.

—Nora...

Y por fin "Steve", viendo que se le acaba el tiempo, abre la boca. Sonrío al notar el tembloroso tono de voz con que lo hace y que presenta a su verdadero yo. Aquel adolescente acojonado que la abandonó.

—¿Jason?

Nora se gira hacia él atónita tras reconocer su voz. No le puedo ver la cara, pero apostararía a que tiene la misma expresión que si estuviera viendo un fantasma.

—¿Quién cojones es Jason, novato?

A Hacha no le gusta el rumbo que está tomando la situación y hace bien en empezar a preocuparse.

—¡Corre!

El grito de Jason acompaña su decisión de apuntar y disparar a Hacha para desatar un caos que pienso aprovechar en mi favor. Agarro a Nora de la mano y la animo a escapar. Reacción que deciden imitar el resto de supervivientes desapareciendo como ratas entre los árboles mientras que Cyrus se apura a arrastra a Hacha, al que el disparo le ha dado en la pierna, para ponerlo a cubierto detrás de un árbol cercano.

—¡Te arrancaré el corazón y me lo comeré, novato!

Escucho con satisfacción la amenaza de Hacha mientras empiezan a intercambiar disparos.

—¿Me oyes, hijo de puta?, ¡me lo comeré!

Mi morbosa curiosidad sigue interesada en saber qué es lo que está pasando en el claro sin dejar de alejarme con Nora de la mano. Pobre Jason que no se ha dado cuenta de que los gritos y disparos de Hacha no son más que una distracción. El posterior disparo y los estremecedores y triunfantes aullidos de Cyrus confirman mi suposición. Ha caído en su trampa.

—¡Jason!

Nora se detiene preocupada tras entender el desenlace de la situación.

—¡Vamos! —no quiero, pero su reacción me produce un brote de celos que me obligan a tirar con fuerza de su mano para reemprender la huida.

Pero ella se niega, se consigue librar de mí y echa a correr en otra dirección. Sigue sin entenderlo. Yo la amo y tendré que demostrárselo una vez más.

## Capítulo 20

### ADICCIÓN

Pensaba que acabaría por enloquecer con la falta de ruido que hay en este maldito lugar, pero respiro cuando el silencio vuelve a envolver todo a mi alrededor.

Con mucha cautela vuelvo sobre mis pasos con la certeza de haberlos engañado. Esos militares no pensarán que he vuelto sobre mis pasos. No me buscarán aquí.

Debería de tener miedo por la aparición de esos hombres y las intenciones que tienen, pero los restos del viejo avivan la euforia que me poseyó con su descubrimiento y el cuerpo de Vera despierta mi necesidad.

He leído artículos médicos que aseguran que una adicción es una enfermedad y que la fuerza de voluntad es la mejor medicina para afrontarla y superarla, pero no estoy de acuerdo. Para empezar porque asumen que todas las adicciones son malas para la salud y en mi caso no es así.

Debería de seguir con la huida y volver a la franja ahora que tengo esa ventaja, pero el cuerpo de Vera me está llamando y es una tentación demasiado apetecible. No lo puedo evitar más.

Dominado por mis más bajos instintos me acerco, me arrodillo ante ella y me apuro a desnudarla de malas maneras. Que su marido esté de cuerpo presente, me río con mi propia ocurrencia, me produce más morbo y aumenta mis ganas.

Bajo mis pantalones, hundo mi boca en su cuello y con su olor entrando por mis fosas nasales la penetro saboreando esa sensación de alivio placentero que siento y que sólo es comparable con la primera bocanada de un cigarro para un fumador, un chute para un drogadicto o el primer trago del día para un alcohólico.

Con cada embestida noto como mis entrañas se regocijan y el resto de mi cuerpo recupera unas energías que creía perdidas y que sabía que no volverían con alimentos y agua.

—¡Esto es una maravilla, viejo! —no lo puedo evitar y me burlo de unos restos donde la sangre que se puede ver ya ha coagulado—. ¡Una jodida maravilla!

Motivado por el arrebató de pasión que me posee, aumento el ritmo y la fuerza de las acometidas mientras fijo mi mirada en unos ojos vacíos y

acristalados. Que imagen más hermosa.

El placer que siento me produce descargas en todos y cada uno de los músculos de mi maltratado cuerpo. Estoy en la gloria y ojalá esa emoción que sé efímera durase para siempre.

—¡Querida, Vera, te vas a convertir en la número treinta y seis! —anuncio que ya estoy a punto de acabar.

Pero cuando lo voy a hacer, cuando el éxtasis está por dominar todos mis sentidos, algo me aparta del cuerpo a la fuerza y sin darme tiempo para entender que está pasando siento como algo afilado me raja el cuello...

## Capítulo 21

### CODICIA

—¿De verdad creías que nos podrías engañar? —me felicito a mí mismo por la caza mientras veo como intenta, sin éxito y de manera desesperada, taponarse una herida que es mortal.

Quiere levantarse del suelo, pero sigue de rodillas y ya se empieza a tambalear. Me mira con pánico a punto de perder la consciencia y con ello la vida.

—Puto enfermo... —le dedico las últimas palabras que va a escuchar—. Te mando al infierno al que perteneces.

Y se cae sin vida sobre las piernas del cadáver de la mujer que estaba violando.

—Otro menos... —limpio el filo del cuchillo con mi lengua mientras me pregunto si con esta herida en la pierna podré cazar a alguno más antes de que Cyrus se los cargue a todos.

Estoy tan absorto en mi codicia que no escucho su llegada hasta que me giro y me lo encuentro a escasos centímetros de mi cara.

—¿Qué haces? —no me da tiempo a reaccionar.

Me quita el cuchillo de la mano, aprovechando mi desconcierto, y con una sonrisa inquietante me lo clava en la clavícula y la yugular hasta en siete ocasiones seguidas. Jamás imaginé que sería mi propio cuchillo el responsable de mi muerte...

## Capítulo 22

### PÁNICO

Mi corazón late con tanta fuerza que si no me detengo un momento creo que me va a estallar. No sé cuánto me habré alejado de esos hombres, pero decido esconderme detrás de una pequeña loma oculta entre los árboles que he descubierto por casualidad para recuperar el aliento perdido.

—¿Qué haces aquí? —otra vez no.

La visión fantasmagórica de Maya aparece ante mis ojos y me invita a seguir huyendo, pero no la pienso obedecer.

—¡Yo fui la primera y la única a la que él realmente amaba! —no lo puedo soportar más—. ¡Por eso ayudaste a Megan a escapar!

Por su culpa estoy dentro de este infierno, así que no haré nada de lo que me diga. Sé que si lo hago acabaré muerta y eso es lo que ella y las demás quieren. Buscan venganza, pero no la conseguirán.

—¡Desaparece! —cierro los ojos y grito con desesperación.

Cuando los vuelvo a abrir ya no está y respiro aliviada.

—Hola.

Doy un fuerte respingo y me giro más asustada de lo que jamás he estado en toda mi vida, pero el pánico desaparece, momentáneamente, cuando compruebo que se trata de Katherine.

—¿Nerviosa?

¿Y cómo quiere que esté? Nos están persiguiendo para matarnos como a animales. No entiendo cómo puede estar tan tranquila. Desde que la conocí asumí que era una mujer fría por su carácter y actitudes, pero la manera en la que se acerca a mí acelera mis pulsaciones de nuevo. No lo sabría explicar, pero ahora mismo también me siento en peligro con ella.

—No temas...

Con mimo me esconde detrás de la oreja un mechón de pelo rebelde demostrando que ella también lo ha notado.

—Eres preciosa.

No sé cómo reaccionar cuando me besa con delicadeza en los labios y me siento presa del azul intenso de sus ojos...

## Capítulo 23

### HEREJÍA

Una molesta sensación de ardor frío en mis entrañas me despierta. Entiendo que ha llegado mi hora, que mi cuerpo por fin se ha rendido.

Un fuerte retortijón termina por despabilarme y para mi sorpresa me encuentro alejado de Vera y los demás. Sigo tumbado en el suelo, pero la claridad que me golpea en la cara, aparte de confundir unos sentidos ya deteriorados por culpa de mi pobre estado, sólo me permite entender que ya no estoy en el lugar donde decidimos descansar tras salir de la franja.

Un nuevo retortijón reclama mi atención para que me olvide de todo lo demás y cuando me quiero incorporar para buscar un poco de alivio me encuentro con una inesperada oposición que lucha por mantenerme tumbado.

—¿Qué haces? —aterrado cuando descubro lo que está pasando, quiero que pare.

Pero estoy tan débil que apenas puedo oponer resistencia. Estoy a su merced.

—¡Déjame! —suplico entre suspiros de dolor.

La imagen que veo cuando levanto la cabeza es la más perturbadora que jamás haya visto en toda mi vida y eso es mucho decir sabiendo todo lo que he hecho.

—Pídele ayuda a Dios...

Se burla de mi fe con el rostro manchado de mi propia sangre cuando sus ojos se topan con los míos. Me está comiendo vivo y no se avergüenza de ello.

Quiero gritar para pedir ayuda, pero ya es demasiado tarde para hacerlo. No tengo fuerzas para nada más que para retorcerme de dolor con cada nuevo mordisco que siento. ¿De verdad me merezco este sufrimiento final?

—Te matarán —quiero creer que así será, que no la dejarán salirse con la suya cuando la descubran.

Pero mi amenaza lejos de asustarla la anima a poner más empeño en su necesidad de saciar su apetito y el insoportable dolor me impide perder la

consciencia y acabar con este castigo.

—¿Por qué? —apenas soy capaz de balbucear con la mirada perdida en el cielo—. ¿Dónde está tu misericordia?

Uso mis últimos estertores para dirigirme a él mientras veo como ella se sienta sobre mí y coge una piedra afilada y ensangrentada que entiendo es el arma que ha utilizado para abrirme en canal.

—¿Por qué permites ésto? —ya no escucho mi propia voz tras recibir un golpe en la cara que nubla mi visión.

He afrontado todas las pruebas que has puesto en mi camino a lo largo de mi vida sin perder la esperanza de que con el tiempo tendrían sentido, pero si existieras no condenarías a uno de tus hijos a un final tan horrible. Todo es falso... tú eres falso. Todo es mentira.

## Capítulo 24

### GULA

—Lo siento, pero te necesito para sobrevivir... —mi sinceridad aumenta el miedo que exterioriza en su bello rostro.

Ambas sabemos que está a mi merced. Descubro la mano que tenía escondida detrás de la espalda y la golpeo con fuerza en la sien como hice con su querido y delicioso amante para poner fin a su sufrimiento. El impacto la hace caer al suelo y me invita a sentarme sobre ella para inmovilizarla.

—¡Sssh! —quiero que siga en silencio y le tapo la boca con una mano mientras saboreo la sangre que sale de la brecha que le he causado.

Y obedece mientras le atuso su melena castaña con delicadeza con la otra mano. No articula palabra, pero solloza. Lágrimas que mezclan miedo por saberse a punto de morir y quejas ahogadas por culpa del repentino dolor de cabeza que sufre.

—Estás deliciosa, cariño —alterno lengüetazos con pequeños besos en la boca que pintan sus castigados labios de un rojo intenso.

Noto como mi alma rejuvenece con cada sorbo que doy. Si Michael me sirvió para recuperar las fuerzas, ella lo hará para avivar un espíritu y darme la oportunidad de salir de este lugar con vida.

—¿Qué eres?

No deja de sorprenderme la psique humana. La misma mujer que minutos antes se veía como un animal rabioso mientras estrangulaba hasta la muerte a la mujer de su amado, ahora se ha convertido en una niña pequeña completamente aterrada.

—No temas... —vuelvo a coger la piedra para repetir la acción y hacer que pierda la consciencia—. Yo cuidaré de tu alma.

El caos que provocó la llegada de los militares ha sido todo un regalo. Ha hecho que la identidad del asesino de Michael pierda interés y me ha dado la oportunidad de lograr mi máspreciado deseo desde que comenzamos esta aventura: ella.

—¡No me llevarás contigo!

Habla, pero no lo hace conmigo. Tiene la mirada perdida. Debe de estar delirando porque aquí no hay nadie más con nosotras.

## Capítulo 25

### VIOLENCIA

—¿Os importa si me uno a la fiesta? —decido que ya es momento de interrumpir.

Llevo un rato observándolas escondido detrás de uno de los árboles. Hubiera intervenido antes, pero quería ver el desenlace de la escena.

—¿Hacemos un trío? —mi broma, según me voy acercando, hace que la que se estaba divirtiendo suelte la piedra y recule acojonada.

La prepotencia de sus palabras ha desaparecido en favor de una actitud temerosa. Es lista. Sabe lo que va a pasar.

—¡Ayuda!

La otra, arrastrándose para alejarse de ella, se acerca viéndome como su salvador. Grave error.

—¡Por favor!

Ni parpadeo con el sonido de los disparos con los que acabo con sus molestas suplicas y su vida. Una menos.

—Para que no siga sufriendo —me justifico ante la otra que se ha quedado impactada con el repentino final.

No se atreve a hablar y confirmo mi decepción. Tenía entendido que veníamos a cazar a personas muy peligrosas, demonios en la tierra, y por lo que vi hace un par de minutos pensé que así era, pero en cambio no es más que otra demente. Quiero creer que he tenido mala suerte con la elección de las presas.

—Estás muy guapa —hago referencia a su actual apariencia.

Restos de la sangre que ha estado bebiendo manchan sus labios y mejillas.

—¿Qué te parece si hacemos una cosa? —me detengo ante ella—. Te voy a dar ventaja.

Pongo mi fusil en la espalda, para que no me moleste, y me agacho a su lado.

—¿Cuento hasta treinta? —quiero jugar un poco más—. ¿Hasta cuarenta quizás?

Pero la hija de puta aprovecha mi cercanía para tirarme la piedra con la que había golpeado a la otra y, con envidiable puntería tengo que reconocer, golpearme en la cabeza.

—Conmigo no será tan sencillo... —lejos de enfado siento entusiasmo cuando palpo la sien y compruebo que me ha abierto una buena brecha.

Intenta escapar, pero me apuro a agarrarla del tobillo tirándola al suelo.

—Chica mala... —me subo sobre ella impidiendo todos y cada uno de sus nuevos intentos de huida.

Su rostro ha recuperado la seguridad que tenía cuando dominaba a la otra y ya no hay muestras de sumisión. Me encanta.

—Las que tenéis carácter sois mis favoritas —acerco mi cara a la suya confiado por mi peso y fuerza.

Pero me da una nueva lección cuando, aprovechando la confianza de tenerla a mi merced, me pega un mordisco en el labio inferior.

—¡Hija de puta! —exclamo dolorido.

Fuera de mí, le sujeto las muñecas por encima de la cabeza con una mano y con la otra le asesto virulentos puñetazos en la cara. No tengo compasión y poco tarda en desaparecer cualquier atisbo de chulería por su logro. Segundos después ya no se puede distinguir cuál es su sangre y cuál es la mía que ha estado cayendo de mi cabeza sobre ella.

—Te gusta duro, ¿eh? —mi bestia interior está gozando.

No me contesta, pero no creo que sea por orgullo sino porque le he roto la mandíbula. Ya ni siquiera puede mantener los ojos abiertos. Lástima.

—Ya no eres tan guapa —paro los golpes, me acerco a su oído y le susurro la realidad con malicia.

Me levanto, cojo mi arma y apunto a la cabeza, pero no disparo. Me quiero recrear un poco más. Quiero que sufra y sienta lo que sintieron sus víctimas. Estoy seguro de que los familiares de las mismas me vitorearían como a un héroe ahora mismo si nos vieran. Soy como un verdugo justiciero ja ja ja... esta gracia se la tengo que contar después a Hacha.

Una repentina sensación de frío ardiente me inunda por la espalda e impide que remate a la mujer. Sorprendido, busco a mi agresor con la

mirada mientras caigo de rodillas porque mis piernas son incapaces de sostenerme. Me ha apuñalado en la columna.

—¿Tú? —maldito hijo de puta.

No habla y sólo me dedica la sonrisa más oscura que jamás haya visto antes de volver a usar el cuchillo de Hacha conmigo.

## Capítulo 26

### ANGUSTIA

Mi cuerpo se detiene porque acabo de escuchar un nuevo alarido masculino. No ha sonado muy lejos lo que me hace entender que no estoy corriendo en la dirección correcta.

Apuro a mi cabeza a tener un momento de lucidez para afrontar la situación y recuerdo lo más básico para orientarse: buscar una referencia con la que poder guiarme. Tengo que alejarme de él.

—Nora...

Reculo por puro instinto ante su presencia. ¿Sigue vivo?

—No te haré daño.

Se pone el fusil en la espalda y me enseña las manos.

—Nora...

Se apoya en uno de los árboles para poder recuperar el aliento. Le han disparado en el pecho, pero sigue con vida.

—¿De verdad eres tú? —aún no me lo creo.

Debajo de su uniforme debe de llevar un chaleco que habrá amortiguado en la medida de lo posible el impacto recibido, no hay otra explicación a que siga vivo.

—Tenemos que irnos...

Me ofrece la mano para que vaya con él.

—Nora...

Insiste ante mis dudas.

—Sé que tienes muchas preguntas, pero ahora no es el momento...

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi. Demasiado.

—Adam aparecerá de un momento a otro...

Tiemblo con su simple mención. Odio volver a sentir esa angustia por su presencia. Ese miedo irracional que empecé a desarrollar con su entrada

en mi vida y lo que me hizo y que ha traído a Eva a este mundo.

—¿Por qué? —pero aun sabiendo que el peligro nos acecha no puedo evitar formular la pregunta que me llevo haciendo los últimos quince años.

Suspira.

—¿Por qué? —grito con rabia sin importarme si con ello atraigo a Adam—. ¿Por qué me abandonaste?

—¡Porque me pediste que lo matase y no fui capaz de hacerlo!

Estalla, harto de ser juzgado.

—De verdad que lo intenté...

Deja que la impotencia hable por él.

—Pero no le puedes pedir a un chico de diecisiete años que reúna el coraje y el valor necesarios para llevar a cabo esa clase de sacrificio.

—¿Te atreves a hablar de sacrificio? —me ofende su pobre defensa que desearía no haber escuchado nunca—. ¡A mí, que tenía que soportar sus tocamientos todas las noches te atreves a hablarme de sacrificio!

Enmudece y yo también lo hago. Siento escalofríos al notar como mi cuerpo aún a día de hoy es incapaz de olvidar el tacto de sus dedos recorriendo mis partes más íntimas para acto seguido volver a la cama con mi madre como si nada hubiera pasado. Pero es el recuerdo de la noche donde decidió ir un paso más allá, motivado por saberse invencible, el que me provoca náuseas y una terrible sensación de repulsión que ahonda en una herida que no se ve y que sé que nunca sanará.

—Lo intenté...

Jason agacha la cabeza avergonzado y vuelvo a tener ante mí al mismo muchacho taciturno que creía mi única esperanza para sobrevivir a aquel infierno.

—Pero en el momento decisivo no fui capaz de apretar el gatillo y él se aprovechó de mis dudas para quitarme la escopeta de mi padre y amenazarme...

Su voz se quiebra con su relato, pero no me produce lástima sino rencor.

—O abandonaba la ciudad esa misma noche o me mataría alegando

legítima defensa por allanamiento de morada...

Me mira esperando que lo entienda.

—Y te fuiste... —lo interrumpo decepcionada.

—Lo tuve que hacer.

Insiste en su justificación.

—¿Sabías que nos espiaba cuando estábamos juntos?

Esos momentos son los únicos recuerdos bonitos que tengo de lo que es el amor y ahora, por culpa de ese asqueroso ser, se han manchado para siempre. Su enfermiza obsesión para conmigo ha destruido mi vida.

—¿Y qué mataría a mis padres si se me ocurría contar la verdad?

Y la de los que me rodean.

—Eva tenía razón... —me duele tener que reconocerlo—. Me abandonaste.

—¿Pero has escuchado lo que te acabo de contar?, ¿qué se suponía que podía hacer? No era más que un adolescente asustado...

Es triste admitirlo, pero preferiría no haberlo vuelto a ver nunca más.

—Tuve que huir para poder tener una vida.

—Esa misma que tantas y tantas veces te hartaste de prometerme cuando buscaba consuelo en tus abrazos y caricias... —el reproche me sale del alma—. Ojalá te hubiera matado.

—Deseo concedido, mi niña.

Se me hiela la sangre al ver cómo surge el demonio a la espalda de Jason.

—¡Cuidado! —lo intento avisar.

Pero ya es demasiado tarde. Con un fuerte golpe en la cara con el mango de un cuchillo lo tira al suelo.

—¡Corre, Nora!

Jason me apura a reaccionar y escapar.

## Capítulo 27

### EUFORIA

Me mira asustada y echa a correr intentando alejarse. No sé por qué lo sigue haciendo. Debería de asumir que es inútil.

—¡Déjala en paz, maldito hijo de puta!

El último estorbo hacía la felicidad junto a Nora me agarra de un pie para evitar que vaya tras ella. Sigue siendo igual de débil que hace quince años lo que me hace preguntarme cómo ha conseguido llegar hasta aquí.

—Reconozco que me sorprendiste cuando te vi subir al avión... —le pego una patada en la cara agravando el malogrado estado de su nariz que le he roto con el mango del cuchillo.

Me agacho a su lado y le quito el fusil para tirarlo lejos de su alcance. No quiero sorpresas.

—¿Cómo lo hiciste? —tengo que saberlo.

Se niega a responder. ¿Quién lo diría? Aún tiene orgullo.

—¿Cómo supiste del proyecto Ares? —insisto en mis dudas para con él apretando su cuello con la mano—. Es alto secreto y se requiere acreditación de alto nivel para tener acceso incluso dentro de las propias agencias implicadas.

Dibuja una sonrisa llena de prepotencia antes de abrir la boca.

—No eres el único con recursos...

No lo entiendo.

—El gran hermano te vigilaba, hijo de puta...

Su sonrisa se agranda entiendo motivada por el desconcierto que debe de reflejar mi cara y que me hace soltarlo.

—¿Trabajas para la Agencia Nacional de Seguridad? —expreso con incredulidad.

No me lo creo. Lo he visto moverse y actuar y no es un activo. Si hasta falló en su disparo a Hacha.

—Pertenezco al Cibercomando.

Pero el paso de los segundos me confirma que está hablando en serio y mi mueca vuelve a ser la de la sorpresa.

—No pongas esa cara, al fin y al cabo tú fuiste mi inspiración.

Se quiere reír, pero los problemas que tiene para respirar ahogan sus intentos.

—Cuando Nora escapó del psiquiátrico y tú desapareciste de la faz de la tierra supe que nunca dejarías de buscarla...

Tiene razón.

—Así que dediqué mis años universitarios a prepararme y gracias a la motivación de enmendar el mayor error de mi vida conseguí entrar a trabajar para el Departamento de Defensa de la mayor potencia del mundo...

Relata con orgullo.

—Os busqué durante años y di con ella cuando la detuvieron. Pero ahora viene la mejor parte...

Sé que no debería de perder más tiempo con él, pero ha conseguido despertar mi curiosidad.

—Fui yo quién le dio el soplo a tu fuente sobre Nora...

Estalla en una orgullosa carcajada que lo obliga a ladearse para no ahogarse con su propia sangre.

—Eres un mal necesario. Te necesitaba para salvarla del proyecto Ares. Sabía que saldrías de tu escondrijo y planearías algo para liberarla así que sólo tuve que esperar a que te dejases ver en alguno de los aeropuertos de París. No te imaginas la rapidez con la que se puede identificar a alguien hoy en día con una simple foto por más antigua que ésta sea...

—¿Me utilizaste?

Lo admito. Estoy impresionado.

—Falsifiqué una identidad para subirme a tu avión cuando descubrí lo que pretendías tras ver lo que hiciste con el verdadero Stanton.

Sonríe y entiendo que lo hace porque cree que ha ganado, pero no deja

de ser una ilusión.

—Entonces te tengo que felicitar... —no pienso perder los nervios con él, no merece la pena—. Tu plan ha resultado un éxito. Nuestra, perdón, mi Nora está ahora a salvo...

Veo en sus ojos el dolor que le produce mi afirmación y me encanta.

—No dejaré que le vuelvas a hacer daño...

—¿Estás seguro de que esas son las últimas palabras que quieres decir?  
—lo invito a reflexionar—. Porque no estás en una situación para presumir.

Endurece la mirada y por primera vez desde que lo conozco veo un pequeño atisbo de un hombre sin miedo.

—Hace quince años te temía porque eras un veterano de guerra condecorado con mucho poder e influencias, pero eso se acabó...

Y me sorprende con un escupitajo en la cara.

—Se te acabó el tiempo —le clavo el cuchillo en la boca del estómago por debajo del chaleco que esconde su uniforme.

Suelta un grito ahogado y sus ojos están a punto de salirse de sus órbitas. Se acabó. Ya no te volverás a entrometer más entre nosotros.

—¡Nora! —canturreo su nombre mientras me pongo en pie, limpio el escupitajo con hilos de sangre de la cara e inicio el camino que ella ha tomado minutos antes.

Vamos a ser muy felices juntos.

## Capítulo 28

### DESESPERACIÓN

No dejaré que me atrape, lo juro. Antes me mato que dejar que me vuelva a tocar. Pero mi convicción se ve golpeada cuando mis apurados y trastabillados pasos me llevan a una loma donde me encuentro con los cuerpos sin vida de Jessica, Katherine y uno de los mercenarios. Los charcos de sangre me recuerdan de lo que es capaz. Ahora mismo desearía haber muerto en el accidente.

—¡Nora!

Escucho a lo lejos el llamamiento de mi supuesto salvador. Entiendo que ha matado a Jason y que estoy sola contra él. Ya nadie me puede ayudar.

—¿Estás segura de eso?

Ella. Me queda ella. No quiero hacerlo, pero es mi última opción. Soy consciente de que yo nunca podré hacerle frente, pero ella si. Ya lo hizo una vez.

—Sabes que soy la única que te puede salvar. Yo nunca te he fallado...

Es verdad.

—La pregunta que te tienes que hacer es si estás dispuesta a pagar el precio que eso requiere, porque cuando nos pusimos la ropa de la policía me deshice de las pastillas y ya sabes lo que eso significa...

La desesperación nos hace tomar decisiones estúpidas.

## Capítulo 29

### DESCONCIERTO

—¿Dónde está mi pequeña? —la busco con la mirada a mi llegada a la loma.

Sé que está aquí, puedo olerla.

—Vamos, Nora, no te escondas... —mi paciencia tiene un límite y ella lo tendría que saber mejor que nadie—. ¿No querrás que me enfade?

Mi advertencia surte efecto y la veo salir de entre la vegetación.

—Ya estamos solos —es tan guapa.

Con paso lento, pero decidido, se va acercando con la cabeza agachada y las manos en la espalda.

—¿Qué escondes ahí? —lleva algo en las manos.

No me responde y se detiene.

—¿Nora? —qué está pasando.

Me asusto cuando descubro que sujetan el fusil de Cyrus.

—¿Pasa algo, Adam? Perdón, J. Stanton.

Se burla haciendo referencia a la tarjeta identificativa que llevo colgada.

—Entiendo que fue otro daño colateral...

Lo ahogué con la cortina de la ducha tras colarme en la habitación del hotel donde se hospedaba la noche antes del vuelo. Era la única manera de entrar en este juego de engaños.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Su nueva actitud me desconcierta.

—¿Nora? —no entiendo nada y necesito que se acerque y me abrace.

—Ya no.

Su voz suena más siniestra y confiada de lo habitual en ella.

—¿Acaso ya no me reconoces, demonio?

Me apunta con el fusil y me encuentro preso de una mirada penetrante que sólo vi en una ocasión... la noche en la que casi acaba todo.

—¿No me digas que te has olvidado de mi?

Insiste con falsa decepción y con cada paso que da para acercarse, yo doy una para alejarme.

—Creí que te habría causado una mayor impresión tras nuestro primer y único encuentro hace quince años...

Esboza una orgullosa y macabra sonrisa cuando me llevo la mano a la cicatriz del pecho de manera instintiva.

—¿Aún te duele?

Se sigue acercando.

—Entre nosotros...

Me quiere hacer cómplice de un secreto.

—Admito que no me hizo mucha gracia descubrir que habías sobrevivido...

Me sigo alejando de ella mientras mis dedos recorren, con delicadeza, la marca que se esconde debajo de la ropa y que casi consigue lo que ni la guerra del Golfo, la guerra de Irak ni los putos yihadistas lograron... matarme.

—Pero como siempre le digo a Nora, todo lo malo tiene su parte buena...

Agarro con fuerza el cuchillo que acabo de recordar que sostengo en la otra mano.

—Gracias a ti y a la desesperación de una adolescente existo. Y con toda esta locura...

Hace mención a mi plan de rescate y las consecuencias del mismo.

—He podido recuperar el control que las putas pastillas se empeñaban en negarme.

¿Acaso me está intentando engañar?

—Aunque tampoco te mentiré...

Me lo confiesa susurrando como si fuera otro secreto.

—Siempre que me lo he propuesto he podido salir para hacer travesuras.

¿Me está tendiendo una trampa para poder escapar?

—¿Nora? —no puedo evitar que las dudas que me poseen se noten en mi voz.

—¡No!

Su grito de hartazgo retumba en los alrededores con una violencia inimaginable.

—Ya no.

Recupera el tono calmado con una sonrisa.

—Soy Eva. Aunque según tengo entendido también se me conoce como la “viuda negra”.

Una nueva y truculenta mueca aparece desfigurando un rostro que hasta el día de hoy siempre había sido angelical en mi memoria.

—Y tú, demonio...

Recalca esa palabra con malicia.

—Serás mi víctima número sesenta y cuatro.

## Capítulo 30

### LUJURIA

—¿A dónde vas? —y ahora echa a correr—. ¿Pero no me estabas buscando?

Verlo escapar como un niño asustado reafirma la certeza que siempre tuve para con él: es un puto cobarde que se alimenta del miedo para salirse con la suya. Si Nora hubiera tenido un poco de sentido común ella misma se habría percatado de que el hombre que la atemorizaba con catorce años, ahora no es más que una vieja y patética sombra de lo que un día fue.

—¡Vamos, Adam! —ahora soy yo quién, sin prisa, voy tras él—. ¡Ya sólo quedamos tú y yo y te has tomado muchas molestias para disfrutar de esta intimidad de nuevo!

Lo veo correr, a lo lejos, con torpeza. Sólo tengo que seguir hablando para que se caiga con cualquier raíz que haya por el suelo.

—¿Sabes? —no me impaciento y sigo disfrutando de este momento, llevo años esperando así que no me apresuraré—. Tú me inspiraste. Fuiste, ¿cómo decirlo? —buscó la palabra apropiada—. Mi musa. Eso es. Lástima que Nora nunca lo quiso ver de esa manera. Y eso que después de cada "obra de arte"... —se me escapa una pequeña carcajada con el acertado nombre que le ha dado a mis actuaciones—. Le dejaba un mensaje escrito con sangre para que recordase, cuando recuperase el control, que lo estaba haciendo por ella.

Me estremezco de placer al recordar como culminaba mis ritos grabando con un cuchillo la frase "nunca más" en los pectorales de todos aquellos mentirosos.

—Pero nuestra pequeña nunca lo entendió. Ni siquiera al principio de todo cuando casi acabo contigo. Por aquel entonces casi desaparezco por culpa de aquel psiquiatra y el sentimiento de culpa y abandono por la desaparición de Jason... —aparto con rabia, por culpa de los recuerdos, todas y cada una de las ramas que van surgiendo a mi paso—. Suerte que al viejo le dio por insistir en sus sesiones por saber de ti. Su empeño, y el miedo que te tiene Nora, me dio la oportunidad de recuperar mi lugar y poder organizar nuestra huida del psiquiátrico tras matar a Peter y robarle las llaves...

Su carrera nos lleva al claro donde yacen cuatro cadáveres, una mujer y tres hombres. El turbio decorado atrae mi atención y me olvido de Adam

por unos segundos. Es viejo, no iré muy lejos.

—¿Y qué decir de Francia que no sepas? —sigo hablando en voz alta para que me siga oyendo y no se confíe—. ¡Mentiría si dijera que no me gusta ser reconocida, pero tengo que confesar que nuestra captura fue por mi culpa!

Con curiosidad examino las novedades que hay en la escena.

—¡Sabía que cada vez estaba tomando más riesgos, pero la adrenalina me empujaba a seguir para ver hasta dónde podía llegar!

Damien yace entre las piernas de Vera con los pantalones bajados y la yugular cercenada mientras que uno de los mercenarios, el que parecía estar al mando, descansa sobre un charco de sangre con una herida de bala en la pierna y hasta siete puñaladas entre la clavícula y la yugular.

—¿Adam? —lo llamo canturreando como hizo él minutos antes con Nora.

Me alejo del descampado entrando otra vez en la maleza y mi olfato lo agradece. Noto como el hedor que desprendían los restos de Michael va desapareciendo.

—¿Adam? —sé que no está muy lejos—. ¿Eres capaz de enfrentarte y matar con saña a un mercenario armado y entrenado, pero escapas de una mujer desvalida?

Sonrió con mi cinismo al mirar el fusil que sujeto entre las manos y que pienso utilizar para poner fin a todo esto de una vez por todas.

—¿Qué clase de asesino despiadado y demente eres?

## Capítulo 31

### MIEDO

He estado en zonas de guerra y situaciones mucho más peligrosas que ésta de las que siempre conseguí salir airoso, pero es la primera vez en mucho tiempo que tengo miedo. Y no es porque ella esté armada y me pueda disparar en cualquier momento. Es porque estoy dentro de mi peor pesadilla. La única persona en este mundo de mierda a la que no pondría un dedo encima, la mujer de mis sueños, la dueña de mi corazón... me quiere matar. Desenlace que no me veo capacitado para afrontar aun a sabiendas de que ya no es Nora. Su cuerpo y su rostro me impiden actuar como lo haría en cualquier otra situación y con cualquier otra persona.

—¿Adam?

Caigo de bruces en la entrada de la orilla que conduce a la franja por culpa del lodazal, pero gracias a este tropezón evito caer en la trampa que preparó Cyrus.

—Ahí estás.

Aparece saliendo de la maleza.

—¡No te acerques más! —me levanto y la apunto con el cuchillo mientras entro en el agua.

Ella se ríe y hace lo mismo pero con el fusil.

—Creo que no estás en posición de amenazar...

No me tiene miedo.

—¡Te mataré como hice con ella! —hago uso del último as en la manga que me queda.

—¿Quién?

Y consigo despertar su curiosidad. Sigo escuchando esa voz extraña que ha convertido a mi ángel en un ser tenebroso.

—A tú... —dudo—. A la madre de Nora. La maté poco después de que escapases del psiquiátrico.

Su gesto se vuelve más serio, incluso me atrevería a decir que triste.

Espero haber conseguido traerla de vuelta.

—Mejor.

Pero mi deseo se desvanece cuando en su cara aparece un gesto de satisfacción.

—Entonces ya no hay nada que me impida tomar el control. Le has quitado lo único que le quedaba.

Y se empieza a acercar sin dejar de apuntarme.

—Dime una cosa...

Y se vuelve a detener.

—¿A dónde nos llevaban?

No se ha dado cuenta de que está muy cerca de caer en la trampa de Cyrus.

—Eráis parte de un experimento llamado proyecto Ares... —recuerdo todo lo que sé.

Tengo que distraerla. Es mi última posibilidad de supervivencia.

—¿Proyecto Ares?

—Un experimento de neurociencia relacionado con la investigación de sujetos peligrosos con algún tipo de trastorno... —me alejo un paso más obligándola a acercarse para no perderme de su punto de mira—. Estaba financiado por algunas de las principales agencias gubernamentales de Europa y los Estados Unidos —sólo tengo que seguir distrayéndola un poco más—. Los cincuenta y seis detenidos que ibais en el avión eráis los elegidos...

—Puedo entender tu presencia aquí, pero los mercenarios, ¿por qué vinieron?

Y da otro paso más hacia su perdición.

—Son parte de la operación negra que se puso en marcha cuando el avión se estrelló... —intento que mis ojos no miren demasiado a la trampa para no alertarla.

—¿Qué es una operación negra?

No sospecha porque estoy tan colaborador y sigue con las preguntas.

—Una operación negra es toda actividad clandestina fuera del protocolo militar y contra la ley —está muy cerca ya—. La controversia del experimento lo hizo ser descartado por los que mandan...

—Pero ese rechazo no disuadió a los interesados...

Es muy lista.

—Se entendió la negativa como una manera de aplacar cualquier tipo de polémica con la opinión pública así que se decidió seguir adelante a espaldas del gobierno... —doy otro paso más hacia atrás—. Entendían que el riesgo merecía la pena en caso de obtener resultados.

—Por eso estamos lejos de suelo americano y europeo...

Presume de perspicacia dando otro paso más hacia mí. Está a punto de caer en la trampa.

—Exacto —no puedo permitir que se detenga ahora—. El accidente del vuelo iba a atraer la atención de muchos ojos y por eso se puso en marcha la operación negra cuyo objetivo era el de eliminar cualquier tipo de cabo suelto...

—Así que te tengo que agradecer que no haya acabado mis días siendo la cobaya de unos científicos mientras convivo con violadores, torturadores y demás fauna trastornada...

Y se vuelve a detener atraída por la vegetación mal amontonada que esconde la trampa. Se ha dado cuenta.

—¡Te mataré si te sigues acercando, lo juro por Dios! —la vuelvo a amenazar para que no se detenga.

Sonríe sabiendo que es mentira.

—Bonito lugar para morir, ¿no crees?

Se prepara para dispararme y mi lenta huida en el agua se detiene cuando tropiezo con las raíces acuáticas del árbol que me hacen caer de espaldas sobre él.

—¡Hazlo! —vocifero con rabia mostrándome a su merced.

Y cuando va a apretar el gatillo da el paso definitivo para caer en la trampa. El grito de dolor que se escapa de su garganta por culpa de la punta de madera que le ha atravesado el pie por la planta la tira al suelo y

la desarma.

—¿De verdad creías que sería tan fácil? —me incorporo exultante—. ¡He sobrevivido a guerras!

Pero un disparo salido de la nada refrena mi entusiasmo y mis intenciones de acercarme a ella.

## Capítulo 32

### IRA

Disparo desde lejos al agua e impido que se siga acercando a ella.

—¡No dejaré que la vuelvas a tocar! —se lo advierto mientras me acerco a la orilla.

Mi llegada los sorprende a ambos. Nora, agradecida y asustada, se apura a gatear hacía mí para ponerse a salvo de él.

—¡Mátalo!

Su petición, mientras se aferra a mi cintura, suena con desesperación.

—Vamos, Jason. No pudiste hacerlo hace quince años y por lo que he visto sigues sin ser capaz ahora...

Suelta el cuchillo y se propone agarrar el fusil que entiendo tenía ella.

—¿Me volverás a fallar otra vez?

Y dejo que sea la ira que me recorre por dentro la que haga que mi dedo apriete el gatillo tras escuchar el reproche de Nora. Mi escasa puntería hace que le dé en un hombro.

—¡Hijo de puta!

Sorprendido, rabioso y asustado, vuelve a recular llevándose la mano a la herida.

—¿Jason?

Nora, que me conoce bien, quiere que lo remate antes de que me entren arrepentimientos. Convencido de que es lo correcto, voy a su encuentro entrando en el agua.

—¡No lo hagas!

Quiere una compasión que ni se merece ni se la pienso dar.

—¡No te dejes engañar por ella, te está manipulando!

Aprovecho la cercanía y que estoy dominado por la adrenalina para volver a disparar acertando esta vez en el pecho. El impacto no causa daños mortales por culpa del chaleco, pero lo empuja contra el árbol. Mejor, aún

no quiero que se muera.

—Sabes todo lo que he hecho y el porqué lo hice...

Me recuerda el motivo por el que Nora está aquí mientras me sigo acercando para pegarle el tiro de gracia.

—Y te aseguro que esa mujer de ahí ya no es la misma de la que ambos estuvimos enamorados...

Le asesto un golpe en la cara con la culata del fusil. Lo hago con toda la fuerza que me queda y consigo causarle un daño parecido al que él me hizo a mí.

—Ella es el verdadero demonio.

Quiero seguir hablando, con hilos de sangre saliendo de su boca, pero no se lo permito y lo vuelvo a golpear con violencia dejándolo al borde de la inconsciencia.

—Se acabó... —jamás le perdonaré lo que le hizo y en lo que con ello la convirtió.

Me pilla por sorpresa y me agarra para acercarme a él. Estoy a punto de disparar, pero veo en sus agonizantes ojos el reflejo de un rostro desencajado y que está disfrutando de lo que está haciendo con él.

—Mátala antes de que ella te mate a ti.

Su derrotado susurro me hace dudar y me giró para ver como Nora se ha adentrado en el agua y parece estar buscando algo. Cuando se da cuenta de que la estoy observando me mira con preocupación y miedo. Se lo debo.

—Púdrete en el infierno —y hago lo que hay que hacer.

Pongo el cañón del fusil en su cabeza y aprieto el gatillo una última vez. El disparo revienta los sesos y me salpica de su sangre.

—¿Jason?

Apenas puedo escuchar a Nora y me limito a parpadear cuando me doy cuenta de lo que realmente he hecho.

—¿Estás bien?

Se acerca, cojeando ostensiblemente, y tiro el fusil al agua cuando noto

como me tiemblan las manos. Necesito que me abrace.

—Ya se acabó esta pesadilla.

Me consuela y con su cuerpo pegado al mío quiero pensar que todo esto era inevitable.

## Capítulo 33

### TRAICIÓN

Desde que emprendimos el camino de regreso no dejo de darle vueltas a la verdad que Adam me recordó antes de morir... Nora ha hecho cosas horribles durante estos años. Una realidad que lejos de lo que pueda parecer, y a pesar de haber venido a rescatarla de él, siempre he tenido presente. Espero que ahora que Adam ya no está, ella podrá volver a ser la mujer que estaba destinada a ser antes de que ese demonio entrase en su vida. Mi conciencia, la misma que me hace entender que también tengo mi dosis de responsabilidad en todo ésto, necesita creer que puedo tener esa redención. Que con mi ayuda y mi amor podrá dejar atrás ese lado oscuro... ese demonio como lo llamó Adam.

—¿Cansada? —han pasado horas, pero por fin llegamos hasta la pared que nos separa de volver al camino helado—. Podemos descansar un poco antes de escalar el talud.

No es lo apropiado y menos en mi estado, la herida del estómago tiene mala pinta, pero ella está más débil que yo y haré lo que ella quiera.

—Estoy bien.

Se niega con una sonrisa agradecida por mi preocupación. Entiendo que las ganas por abandonar este maldito lugar son superiores al cansancio, las heridas, el hambre y el frío.

—¿Estás seguro de que si volvemos al camino sobreviviremos?

Se lo reafirmo mientras veo como tiritita a pesar de intentar disimularlo.

—Déjame que te ayude... —comienzo a escalar, con todos los problemas que me da mi actual y malherido estado, y le ofrezco la mano para que se pueda agarrar al primer saliente que encuentre a nuestro alcance.

Durante los siguientes minutos no abrimos la boca y nos dedicamos a la difícil tarea de llegar a la cima. Esa donde nos espera un páramo desolador y congelado de permafrost.

—Es increíble...

Una vez arriba, deja asomar un atisbo de felicidad por haber logrado la proeza de la escalada en nuestros estados.

—De verdad que pensé que moriría en ese infierno.

Sonrió al notar el orgullo y el alivio con el que lo dice y no puedo evitar acercarme y darle un beso. Ese mismo que llevo imaginando tanto tiempo y que saboreo todo lo que puedo.

—Gracias por venir a por mí.

Me sujeta la cara con las manos y me hace retroceder en el tiempo quince años.

—Ahora si que no nos podemos parar... —me molesta acabar con el feliz momento, pero tengo que hacerlo—. El frío nos matará si lo hacemos.

La falta de árboles con los que refugiarnos del ambiente gélido es nuestro peor y más letal enemigo ahora mismo.

—¿Cuánta distancia crees que habrá?

Se arrima a mí para servirnos de apoyo mutuo y darnos el poco calor que podamos conseguir.

—El poblado no puedo estar a mucho kilómetros, pero no conozco la zona... —soy sincero—. Lo único que sé con certeza es que es en esa dirección.

Mira hacia dónde señalo y se muestra convencida de poder lograrlo.

—No lo siento.

Me susurra al oído tras darme un suave beso en la mejilla. Su voz suena distinta. Más segura de lo que nunca la había escuchado. Es ella.

—Tenías que haber hecho caso a Adam.

Siento como una breve y confortable sensación de ardor caliente mi cuerpo.

—Tú ya no tendrías que estar aquí... —no tenía que acabar así—. Lo maté.

Se separa de mí y me encuentro con el cuchillo de Hacha hundido en mi cuerpo.

—Quince años tarde.

Caigo de rodillas al suelo con su reproche.

—¿Sabes?, esto lo hago por ella...

Se agacha junto a mí sabiendo que ya no supongo ningún peligro para ella.

—Siempre te defendió a pesar de que yo tenía claro que habías huido.

Intento alargar el brazo para poder agarrarla, pero no puedo hacerlo.

—Fue una suerte que tuvieras un arrebató de dignidad en el bosque y se lo reconocieras.

Las primeras lágrimas de impotencia recorren mis mejillas.

—La decepción que le provocaste y el miedo que sentía por Adam acabo con sus ganas de seguir luchando y decidió desaparecer.

Me ayuda a acostarme en el suelo congelado y se propone iniciar el camino sola.

## Capítulo 34

EVA

—No luches, número sesenta y cuatro —me alejo de él dejando un rastro rojo en el suelo helado—. Es inútil y sólo te traerá más sufrimiento. Deberías de dejar que el frío apacigüe el dolor.

Mi caminar es lento y errático y cada vez que arrastro el pie herido para avanzar siento una terrible punzada que me sube desde la planta hasta la cadera.

—Así que esto es lo que se siente... —hablo en voz alta.

No he podido hacer ningún tipo de cura en el pie por miedo a que si me quito la bota empeore su estado, pero no me importa.

—Es maravilloso —lejos de preocuparme, me regocijo.

Nada me impedirá celebrar mi victoria. Porque, aunque no lo parezca, he ganado. Soy libre y por fin tengo el control. Nora se ha desvanecido para convertirse en un recuerdo perecedero.

—Te lo dije... —no quiero ser mala con ella, pero no puedo evitarlo—. Este lugar iba a ser tu purgatorio.

Y ahora quiero hablar contigo. Si, si, contigo que has estado leyendo todas estas páginas. ¿Sorprendid@?, ¿no entiendes nada? Me alegra haberte causado esa impresión final y lograr que te olvides por unos segundos de la decepción, e incluso enfado, que puedas tener por ver que he sido yo la que se ha salido con la suya. Deseabas un final feliz para Nora, ¿verdad? Sentiste empatía por ella y esperabas que superase el miedo que le tenía a Adam para hacerle frente, o mejor aún, eres un@ de es@s romántic@s empedernid@s que ansiaba que tuviese ese final junto a Jason. Pues lo siento, pero no me culpes a mí sino a ti mism@ porque no te has dado cuenta de lo más importante: esta historia nunca trató de ella sino de mí. Yo soy la verdadera protagonista. Ah, y no te equivoques y te atrevas a despreciarme creyéndote mejor que yo y condenando todo lo que he hecho porque tengo noticias para ti. Tú también harías lo mismo en mi situación, ¿y sabes por qué lo sé? Porque todo el mundo, hasta la persona más bondadosa, tiene un lado oscuro. Un demonio interior que te llevaría a hacer lo imposible para sobrevivir. Un demonio que ahora mismo te está invitando a que dibujes una pequeña y traviesa sonrisa para celebrar la verdad de mis palabras. ¿A qué ahora ya no te parece tan mal final?